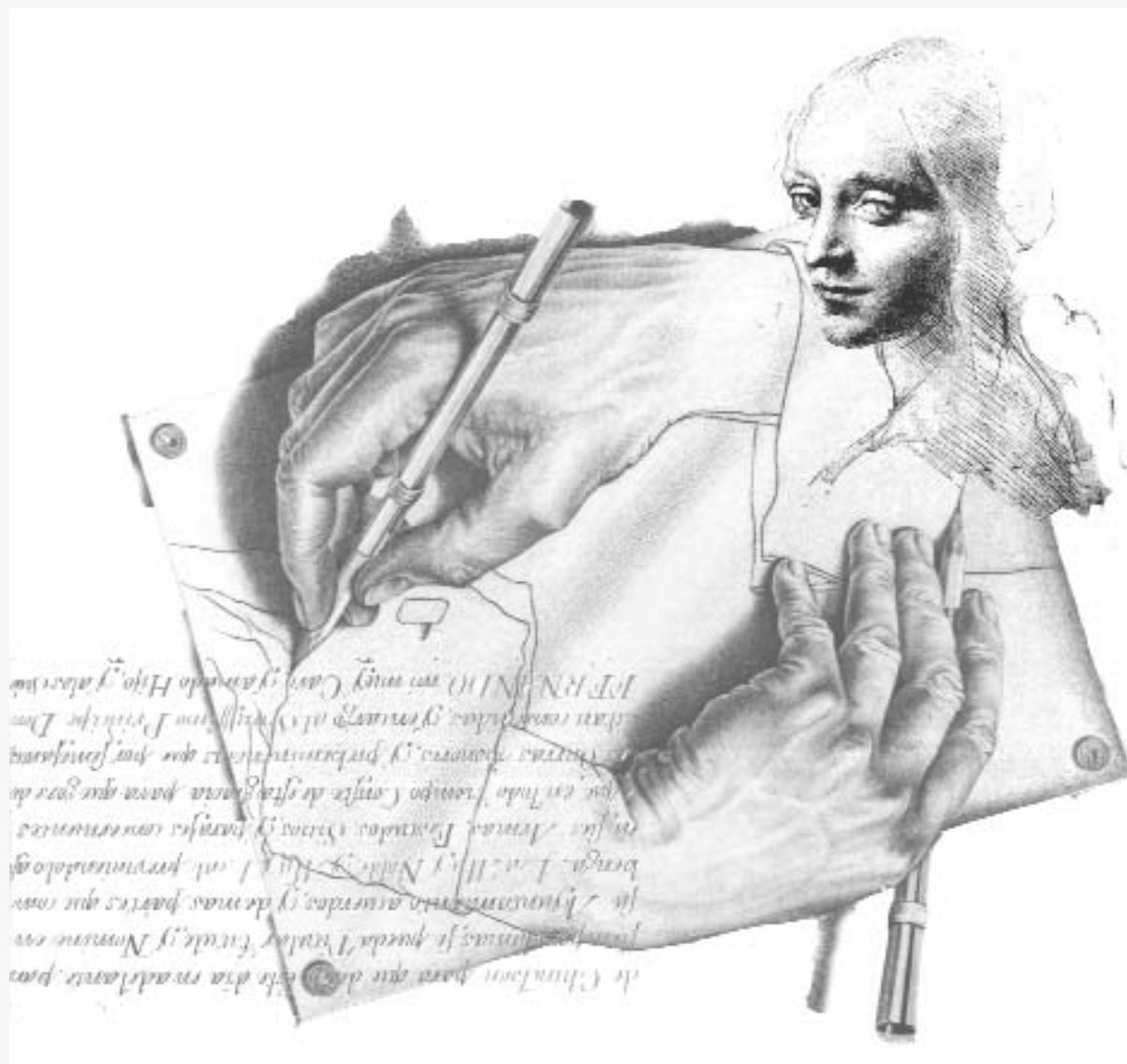


BIBLIOTECA MUNICIPAL "PETRA RAMIREZ" DE CHINCHÓN



# TOTUM REVOLUTUM

## REVISTA LITERARIA

**NÚMERO**

DIA DEL LIBRO  
ABRIL DE 2007



BIBLIOTECA MUNICIPAL "PETRA RAMIREZ" DE CHINCHÓN



# TOTUM REVOLUTUM

REVISTA LITERARIA

5

NÚMERO

DIRECTORA DEL TALLER:  
MILAGROS GARCÍA.

MARI SOL LÓPEZ

MARÍA DEL CARMEN LÓPEZ-JARABA

ESCRIBEN:

JESÚS MANQUILLO

FERNANDO BENITO

VICTOR MANQUILLO

MANUEL CARRASCO

CONCHI OLIVAR

MARÍA JESÚS FRUTOS

FERMÍN PEÑAS

SILVIA GAITÁN

GRACIELA RIVAS DE LA VARA

ERNESTO GONZÁLEZ

CRISTINA ROMERO

ANA HIGUERAS

MARTA ROMERO

STELLA KORSTAÑJE

SARA RUIZ PARIS

CAROLA LABOURDETTE

JOSÉ ZUMEL

DÍA DEL LIBRO

ABRIL DE 2007

**Diseño y Maqueta:**

MANOLO CARRASCO

**Portada:**

Manos Dibujando (M.C.Escher)

© Taller Literario de la Biblioteca  
Municipal "PETRA RAMÍREZ" de Chinchón.

**Primera Edición: Abril de 2007****Tirada : 150 ejemplares.****Coordinación:**

JOSÉ ZUMEL.

**EDITA: Taller Literario de la Biblioteca  
Municipal "PETRA RAMÍREZ" de Chinchón.  
28370- CHINCHON.**

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada y sus ilustraciones, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de los autores.



Libros con candelabro. Manolo Carrasco

# ÍNDICE

<i>Milagros García.</i>	PRESENTACIÓN. PÁG. 5
<i>Marisol López.</i>	EL ABRIGO DE NUTRIA. PÁG. 7 POESÍA INFANTIL..... PÁG. 7 EL DINOSAURIO TODAVÍA ESTÁ ALLÍ. ....PÁG. 7
<i>Conchi Olivar.</i>	EL ALFÉREZ REAL..... PÁG. 8 LA HIPOTECA..... PÁG. 9
<i>José Zumel.</i>	LA SIRENITA CONTADO POR EL PRÍNCIPE..... PÁG. 10
<i>Fernando Benito.</i>	LA MUJER DEL SOMBRERO ROJO..... PÁG. 10 EL PATITO FEO..... PÁG. 11
<i>Manuel Carrasco.</i>	MI VIVO RETRATO..... PÁG. 11 CONTRATO CONFIDENCIAL..... PÁG. 12 BANDERILLERO..... PÁG. 12
<i>Marta Romero.</i>	EL SAPO..... PÁG. 12
<i>María del Carmen López Jaraba</i>	ME SIENTO VIVO..... PÁG. 13 INOPORTUNA..... PÁG. 24
<i>María Jesús Frutos</i>	LA MUJER PARTIDA..... PÁG. 14
<i>Fermín Peñas.</i>	HISTORIA DE IMBRAOJOS DE MAR..... PÁG. 16 CUANDO DESPERTÉ, EL DINOSAURIO SEGUÍA ESTANDO ALLÍ..... PÁG. 17 EN LOS LÍMITES DEL MUNDO..... PÁG. 17
<i>Graciela Rivas de la Vara.</i>	EL NIÑO TOMÁS..... PÁG. 18
<i>Victor Manquillo.</i>	OTRO LUGAR, OTRO TIEMPO..... PÁG. 19
<i>Cristina Romero.</i>	DESPUÉS DE LA LLUVIA..... PÁG. 19
<i>Sara Ruiz París.</i>	EL DINERO LE DIO LA FELICIDAD..... PÁG. 20
<i>Silvia Gaitán.</i>	LA SIRENA EN LA LATA DE SARDINAS.....PÁG. 20
<i>Ernesto González.</i>	PENSAMIENTO..... PÁG. 20
<i>Stella Korstañje.</i>	EL CAPITÁN TORY..... PÁG. 21
<i>Jesús Manquillo.</i>	BLANCANIEVES..... PÁG. 21

*Ana Higuera*

PAVOS DE NAVIDAD..... PÁG. 22

*Carola Labordette.*

AL TELÉFONO..... PÁG. 25

## PRESENTACIÓN.

*Por Milagros García.*

DIRECTORA DEL TALLER LITERARIO DE LA BIBLIOTECA  
MUNICIPAL "PETRA RAMÍREZ" DE CHINCHÓN.

¡Dos años ya! Parece mentira. Es nuestro segundo año de taller de escritura en la Biblioteca Pública de Chinchón y se nos han pasado volando. Eso es bueno, porque significa que lo hemos pasado bien, que la gente ha disfrutado de estas clases donde, además de escribir y hablar de literatura, uno termina hablando de Dios, el amor y la vida. Pero, como todo lo que se pasa muy rápido, siempre le queda a uno la impresión de que, tal vez, le haya cundido poco. Sin embargo, cuando miro ahora estos cuentos de los alumnos, estas pequeñas perlas, veo el camino recorrido, el esfuerzo y la ilusión con la que cada uno ha ido enfrentándose a la magia de la escritura y, a veces, también a sus dificultades, y me doy cuenta de que el trabajo ha sido intenso, que le hemos dado un repaso a los narradores, a los personajes, al tiempo, el espacio..., y todas esas palabrejas y conceptos que se nos han ido pegando a la cotidianeidad, a la altura casi del café con leche (narrador omnisciente, punto de giro, flash back), forman parte ya de nuestro vocabulario habitual, hasta el punto de que uno puede asistir a conversaciones como estas y nadie se extraña,

Oye, qué narrador objetivo más chulo, ¿no?  
Sí, se lo vi a Juan José Millás y me lo quedé.

Todo esto son buenos síntomas de que nos hayamos ante escritores que ya lo son. Y digo que lo son no porque sus cuentos sean los mejores del mundo (qué voy a decir yo que soy su profesora), sino porque ser escritor es también una cuestión de aptitud ante la vida, una forma de mirar la realidad que nos convierte, de pronto, en un testigo impertinente y agradecido con todo lo que nos rodea. Un escritor sabe, mis alumnos lo saben, que una buena historia puede estar en cualquier parte. Alguien, de pronto, entra en una tienda, ve un calendario con la foto de un perfecto desconocido y no sabe por qué (por eso la escritura es mágica) siente el impulso de escribir la historia de esa mirada, de esas arrugas y, efectivamente, cuando lo hace se da cuenta de que ahí había un buen cuento que sólo estaba esperando que alguien lo sacara a la luz. O, por ejemplo, abres un diccionario y te sale la

palabra nutria y otra más, no importa cuál, ya la palabra misma, nutria, merece una historia. Yo me lo creo, eso les pasa a mis alumnos, que van por ahí y cuando oyen un cuento infantil, por ejemplo, el del patito feo, no se conforman con lo que nos han contado siempre. No, ellos tienen que llegar al fondo, preguntarse, como un buen detective, cuál fue su verdadera historia, qué pasó con los hermanos del patito feo, si, realmente, éste era tan bueno como nos han contado. No es lo más extraño que ha pasado, a veces, alguien escribió un cuento sobre un cabo chusquero capaz de vender a su propia novia por dinero y, al cabo de unos días, el personaje se adueñó de otro alumno, pero ya no era un cabo, era un alférez, encantado de ir sujetando el pendón real allá por el Nuevo Mundo. También nos pasó que un personaje se nos metió en el metro convertido en una mujer decidida a pasar una velada tranquila con sus compañeros de trabajo y, al día siguiente, apareció en otro cuento transformada en un monólogo interior capaz de poner nervioso al más templado.

Estas cosas pasan realmente en los talleres, los personajes salen de los cuentos y van poseyendo a los escritores y no hay más remedios que hacerles un poquito de caso y escribirles un cuento. Claro, que para eso, hay que estar un poco predispuesto, hay que tener no sé si la mente abierta o el corazón abierto o las manos, hay que creerse que cada una de esas fábulas pueden representarnos a cualquiera de nosotros, o representar nuestros conflictos, por eso no es extraño que cuando yo propuse el ejercicio de continuar el famoso micro-

relato de Augusto Monterroso, El dinosaurio, algunos vieran en vez de un dinosaurio de verdad, una alambrada de espinos que separaba España y África. ¿Interesante, verdad? Pues no se pierdan lo que le pasó a otro alumno, se animó a contarnos una anécdota de su infancia en Navidad y alguien le escribió un cuento de pavos mutilados y Jesusitos que desaparecían.

Los escritores somos de naturaleza muy cotilla, no nos engañemos, y no se nos puede contar nada porque estamos al acecho. Así, por ejemplo, tú le cuentas a un escritor que te has comprado una sierra o que has visto en la tele un número de magia y, al instante, los puedes ver ya con la mirada perdida indagando los conflictos que se pueden ocultar detrás de una inofensiva caja de herramientas, detrás del número de magia de la mujer partida. Además, para qué ocultarlo, los escritores somos muy mal pensados. No

esperes que vayamos a escribir una historia normal, no, siempre pasarán cosas terribles, o misteriosas, o cosas capaces de dejarte con un "no sé que" que no se puede explicar. Créanme cuando les digo que en este taller ni los gatos han podido pasearse en paz, los hemos violado y hasta convertidos en bufandas. Otro día, alguien compró una cafetera y ya todo marchó mal, la vida se le hizo insostenible, la mujer de su vida lo ignoraba y todo por comprarse una cafetera. Además, sospecho que estos defectos empeoran con la edad. Hemos tenido algún alumno muy joven que ya le pasaba lo mismo, leía a Jorge Manrique y sólo veía casos de dopaje y carreras deportivas echadas a perder. No se lo dije en ese momento, pero su padre tendrá que asumir que la cosa se volverá peor con los años, incluso puede terminar contándonos la historia de cómo le echaron al río envuelto en una red. Por tener hemos tenido hasta Vikingos, terroristas suicidas, infidelidades, trabajadores de tanatorios, gemelas que intercambiaban su identidad, hermanos asesinos, viejos casamenteros, sirenas...



La dedicatoria. Zapater.

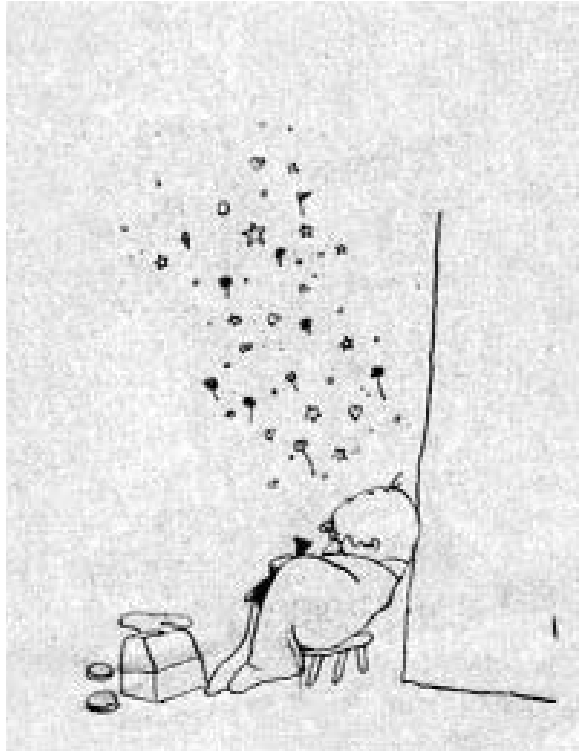
Han sido casos extraños, o mejor, como dije antes, mágicos. Y ahora que los repasamos, parecen muchos, y ya uno va viendo que dos años no están mal, es el tiempo suficiente para contagiarse de esta enfermedad incurable que es la de fabular, la de contar cuentos sólo por el placer de hacerlo, sólo por el placer de tener en tu mano ese trozo de plastelina que es la ficción y poder moldearlo a tu antojo. Ya sé que dicen por ahí que los escritores queremos emular a Dios, es verdad, puede que queramos crear un paraíso y un Adán y

una Eva, pero yo creo que, en el fondo, lo que queremos es jugar, seguir siendo un niño capaz de hacer una casa en el suelo con dos rayas de tiza, capaz de imaginarse que él mismo puede ser un padre, una madre, un profesor, un médico, una exploradora, un astronauta... ¿Ambicioso, verdad?

Finalmente, quiero agradecer a todos los que me han dado la oportunidad de poder dirigir este taller de escritura con el que estoy disfrutando tanto, especialmente a Pepe Zumel, el director de la Biblioteca de Chinchón, y a la Concejalía de Cultura. También, cómo no, a nuestro amigo Manuel Carrasco que ha hecho posible con su destreza para esto de los ordenadores que esta idea de recopilar algunos cuentos pueda ser real. Y gracias, también a mis alumnos, que más que alumnos son, en realidad, compañeros de viaje.

## EL ABRIGO DE NUTRIA

*Por Mari Sol López*



Felices sueños. Dibujo

Eran las cinco de la tarde y me encontraba mal, mi termómetro digital marcaba 37'9 ° C, después de una intensa jornada de trabajo había regresado a la casa, me tumbé en el sofá, sentía frío, me levanté, me preparé un zumo de naranja, un analgésico y una manta, volví al sofá. Transcurridos diez minutos el teléfono sonó era Luis en una hora pasaría a recogerme olvidé que hoy teníamos una cena en la embajada Americana, con el embajador, su señora y 30 invitados más. Inmediatamente me maquillé, vestí y peiné ya estaba preparada, me asomé a la ventana, el Ferrari de Luis estaba abajo, esperándome. Cogí mi abrigo, mi bolso y bajé a la calle, monté en el coche de Luis y nos dirigimos al lugar. El interior me fascinó, el lujo y la sencillez no estaban reñidos. Se acercaron el embajador y su esposa a saludarnos y a darnos la bienvenida; nos presentaron al resto de los invitados. De repente comencé a sentirme mal, tenía sensación de frío y calor a la vez, Luis se acercó y me dijo: tienes mala cara y estás sudando, ¿te pasa algo?, ¿te encuentras mal?, y me desmayé. Sólo recuerdo que al despertar estaba tiritando, veía muy borrosas las caras de las personas que estaban a mi alrededor y sentía sobre mi cuerpo el peso de un abrigo de piel, piel de nutria, perteneciente a una de las invitadas con el que me habían arropado...

## POESÍA INFANTIL

*Por Mari Sol López.*

Hoy la bella nutria Rosalía  
ha salido a nadar  
en las aguas frías del río  
¡que frío!  
pero ella es muy valiente  
y decide continuar.  
Tras un largo paseo  
vuelve a su casa  
con frío y mal estar  
¡pobre Rosalía, acatarrada está!  
tose y estornuda sin parar  
ahora en unos días no  
podrá salir a nadar.

## EL DINOSAURIO TODAVÍA ESTA ALLÍ.

*Por Mari Sol López.*

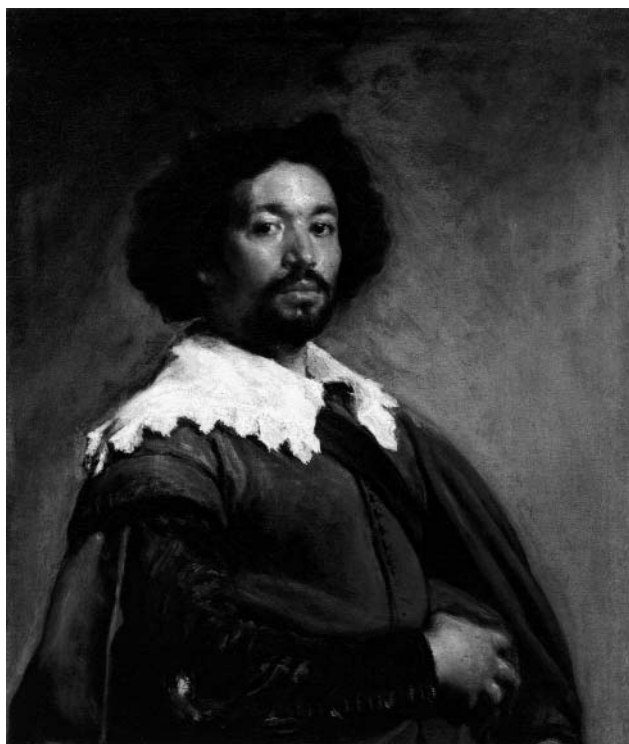
Cuando desperté el dinosaurio todavía estaba allí, ¡no daba crédito a lo que tenía delante de mis ojos; ¿Cómo era posible que ese animal de tamaño descomunal estuviese vivo y en semejantes circunstancias?.

Estaba atónito, no podía reaccionar. Inmediatamente cogí el móvil y llamé a Juan, mi compañero de investigación, no podía recordar el número, evidentemente tenía la mente bloqueada, transcurridos unos segundos pude recordar el número y le dije que viniera lo antes posible.

Una vez que Juan llegó al lugar se acercó y comprobó con sus ojos todo aquello. El dinosaurio tras ser descubierto en una cueva en un estado de crionización natural, fue trasladado al Museo de ciencias Naturales de la ciudad, allí se le mantuvo durante varios meses congelado a la misma temperatura que tenía la cueva. Fue hace tres semanas cuando el equipo de investigación en el que me encontraba, tomamos la decisión de someterle a las técnicas más actuales y sofisticadas de descongelación. Un miembro de mi equipo me aseguró que el éxito de esta técnica estaba asegurado, habiéndose practicado en ocasiones anteriores. El trabajo que realizó mi equipo fue espectacular, efectivamente, una noche cuando el proceso de descongelación ya había finalizado pude ver en el monitor las constantes vitales del animal; cómo se reflejaba el débil latido de su corazón ...

## EL ALFÉREZ REAL.

*Por Conchi Olivar.*



Juan Pareja. Velazquez

He de advertir a todo aquel que tenga a bien dirigir su interés hacia lo que en aquesta historia se narra, que no es producto de la mi imaginación sino que fue parida, según entiendo yo, por mente más preclara y sagaz que la mía, pues el intelecto demostrado por el autor es notable y entelequia es cosa que en mí difícilmente encontraréis ya que no tuve más perfeccionadores que la misma calle y mi propio hambre. Pero si Dios ha querido que sea por mi mano por la que esto se conozca, hágase la voluntad de Dios y pongámonos a la tarea que mucho es el tajo y poca la maña. A Él me encomiendo.

La historia que les voy a relatar llegóme trastabillada en retazos perdidos que he intentado hilar y hasta zurcir demandando auxilio a unos y a otros que a fuerza de oírla en distintas maneras han creado versiones dispares de la misma historia, quedando para mí la labor de despajillar y mostrar a vuestas mercedes lo que era en su principio y en verdad la historia del Alferez Real de nombre Francisco de Camacho.

Era Francisco, según he entendido yo y que Dios me perdone si levanto algún falso testimonio, portador y heredero del noble oficio de Alferez Real en el cabillo indiano de Matalaputluán, su única función consistía en pasear el estandarte de la casa Real en los días de fiesta y en las ceremonias oficiales, pero tanto honor tenía en el desempeño de aquesta tarea que olvidábasele su condición de mulato, que lo era desde

el mismo día en que su padre, Inocencio de Camacho, perdió la onomástica yaciendo ebrio, por mor de los endemoniados caldos de aquella tierra, con una indiana de piel de noche y ojos de terciopelo.

Murió aquesta nativa al traer a luz a una criatura enclenque y morena a la que bautizaron cristianamente bajo el patronímico que ya todos conocemos de Francisco.

El recién nacido quedó a cargo del acuartelamiento, y tan desangelado era su aspecto que, por lástima, unos u otros siempre tenían a su disposición un trozo de hogaza, de tocino o un harapo que le sirviera de indumento. Y en estas componendas se estuvo creciendo y picardeando el ingenio hasta que el mal de huesos que aquejaba a su padre le hizo cubrirle el puesto. En su favor estaba la experiencia adquirida tras años viendo marchar a su padre y, puesto que no era requisito indispensable pertenecer formalmente al cuerpo militar, nadie mejor que Francisco de Camacho para tan alta empresa.

A pesar del gran honor que esto suponía, en muchos destacamentos del vasto Imperio español las más de las veces se rehuía este cargo, puesto que corría rumor de tener la obligación de solventar con pecunia de su propio colete, los gastos de los agasajos, las fiestas y las monedas que se arrojaban a la plebe. Mas nunca vio Francisco que así fuera.

Fue en uno de estos repartos, durante la parada con motivo de la Visita Real, cuando, entre la gente más humilde del pueblo que se acercaban a recoger las piezas de cobre de las Arcas Reales que ellos tiraban, acertó a distinguir la negra cabellera de Maninha. Se quedó mirándola un momento mientras seguía lanzando doblones con la efigie Real. El poncho blanco de Maninha que, al agacharse, dejaba entrever algo más que el nacimiento de un par de turgentes pechos tostados y sugerentes, era en aquel momento mucho más importante que estandarte que portaba entre sus manos.

Fue cuando la nativa alzó la mirada cuando a Francisco le tembló, y no exagero ni un ápice, hasta el pendón. Se quedó fija en los brillantes herrajes y en los lustrados correaes que el Alferez de Camacho lucía, a continuación, aun sin mirarla, éste pudo notar como aquellos ojos almendrados de color azabache recorrían palmo a palmo toda su nervuda figura. Un escalofrío, como los que él pensaba que se sentirían al entrar en combate, le recorrió desde el mismo nacimiento del pelo hasta las relucientes espuelas que adornaban sus botas y que ahora castañeteaban, no se sabía muy bien si por el fragor de la marcialidad o de las ilusiones recién nacidas.

Notó como su estandarte cobraba vida propia y se erguía altanero y orgulloso. Y casi sin poder manejarlo marchó guiando a la tropa hasta sus naves en el



acuartelamiento. Se vino la noche, el agasajo al Monarca se había dispuesto para mañana. Cenaron parcamente y se retiraron a descansar.

A Francisco de Camacho le arrullaron aquella velada las más lindas fantasías. En todas aparecían aquellos ojos, aquella boca, aquellos pechos...

La suerte le fue propicia al día siguiente, cuando el Capitán de la Tropa le pidió que fuera él quien se acercara al pueblo con seis hombres y suficientes caballerías para acarrear desde allí las provisiones dispuestas para celebrar la ocasión como merecía.

Francisco acató las órdenes encantado pues se le brindaba la ocasión de poder buscar a Maninha, de volver a verla... y quién sabe si se atrevería a hablarla. Bajaron en silencio hasta el pueblo. La figura de Francisco imponía cierto respeto entre la soldadesca, porque a fuerza de no saber qué cargo desempeñaba en realidad, se le presuponían unos galones inexistentes. Y si él callaba, por fuerza deberían callar los demás. Pero el Alférez callaba maquinando cómo podría encontrar a aquella muchacha. Otro golpe de suerte. Maninha era la doncella del duque de Alhamablanca, una especie de mecenas del acuartelamiento y precisamente el que en esta jornada les proporcionaba las viandas para los festejos. Viandas y quien las preparase a manera del lugar. Loado sea Dios, la cocinera era Maninha. Alguien en el cielo estaba intercediendo por él.

El camino de vuelta fue mucho más corto para Francisco, pues lo pasó en animada conversación con Maninha. Citáronse para después del festejo.

Se preparó la fiesta, se sirvieron las más exóticas y exquisitas viandas, se escanciaron caldos cuidadosamente seleccionados para la ocasión, se ofrecieron danzas hasta bien entrada la noche, y cuando ya todos ebrios, parecía que se iban a retirar a sus dependencias, el Rey Felipe IV, llamado el Grande, solicitó la presencia de Maninha. Quiso felicitarla por su comida y le hizo acompañarle a sus aposentos con la excusa de ofrecerle una joya, que allí guardaba, como muestra de su agradecimiento.

Era casi de día cuando Maninha salía, despeinada y sudorosa, de las dependencias reales.

El Alférez era consciente de lo que había ocurrido. No le importó, antes al contrario... se trataba de su Rey, ¡qué gran honor!. Siguió viendo a Maninha siempre que le fue posible. Entiendan por "viendo" lo que vuestras mercedes quieran. A los nueve meses de aquel magno acontecimiento vino al mundo un niño que, lejos de tener los ojos azabaches y la piel tostada era rubio como el trigo y blanco como la leche. Cuando Francisco lo tomó entre sus manos el niño tiritó de frío y el hombre se lo acercó al pecho ofreciéndole cobijo mientras sonreía viendo como su destino

siempre sería proteger el emblema real, uno más de los que su Majestad iba olvidando por todo su territorio. Como hijo de Felipe IV el pequeño se esperaba que falleciera antes de la adolescencia, pero no fue así pues estaba al cuidado del mejor Alférez Real del Imperio.

Maninha y Francisco finalizaron sus días en Matalaputluán. Y yacieron juntos eternamente en aquella tierra recién conquistada. Felipe Inocencio de Camacho les sobrevivió largamente. Que el Señor les tenga en su gloria.

Esta es la historia que me contaron y así la cuento yo. Si alguna falta se advirtiere en el relato ruego indulgencia con quien la transcribió pues testigo soy de que fue involuntaria.

LA HIPOTECA

*Por Conchi Olivares.*

Me ahoga la angustia. Un yunque en mis sienes.  
Terribles se tornan los fastos siguientes.  
Me adentro en la trampa...,

profiriendo halagos me nublan la pesquis.  
Pierdo mi albedrío entre signos varios,  
insisten mostrando las alternativas.

Me niego,  
no puedo,  
no llego a entenderlo.

Pacientes, retoman el punto primero,  
y nadando en calma, -me tienen seguro-,  
todos los detalles me ofrecen a mí.

Claudico y rendido, perdido mi norte,  
entrego mis signos, solícito, al fin.  
En este momento la fuerza me falta...

Un nudo tremendo ciñe mi garganta  
Ignoro el final que espera a esta hazaña.  
¿Merece la pena librar la batalla?

No soy un cobarde, bien lo sabe el cielo.  
Entrego mi alma, no queda otra cosa.  
Mi vida futura ofreciendo estoy.

Me alejo, llorando, quisiera olvidarlo.  
Pero está seguro, como el sol que alumbrá,  
que tendré recuerdo con todas las lunas.

Y torno a mis lares con tristeza enorme,  
Y un eco repite desde mis adentros:  
Despídete, amigo, hasta de tu aliento.



"LA SIRENITA" CONTADO POR EL PRÍNCIPE "Sirena". Magritte

*Por Pepe Zumel.*

Nunca he sabido apreciar verdaderamente lo que he tenido. Sólo después de haberlo perdido me he dado cuenta de su valor. Es la historia de mi vida. Y lo peor es que he llenado de tristeza la vida de los que han estado junto a mí porque no he sabido amarlos como ellos esperaban. Han pasado muchos años desde que perdí a mi dulce mudita, y sin embargo, hoy la amo como nunca sentí que la amara cuando ella estaba junto a mí. Su extraña llegada al palacio iluminó mi vida, pero no quise darme cuenta; junto a ella los días de melancolía se convirtieron en horas de eterna dulzura. Yo podía ver en sus ojos cuánto me amaba; su compañía me transformaba y traía la paz a mi espíritu. Sé que ella hubiera dado su vida por mí, y acaso lo hizo... Cuando danzaba rebosando magia, con aquellos movimientos ondulantes, me asaltaban miles de preguntas sobre ella; qué extraño poder tenía sobre mí entonces..., me miraba, y yo no podía apartar mis ojos de ella, que parecía sufrir y gozar al mismo tiempo. Nunca he visto bailar así, ni mirar de esa manera, como si la vida le fuera en ello. Ahora sé que yo la amaba, pero entonces... , soñaba con un ideal que ahora sé que no existe; y aquella joven, que había visto en la playa el día en que me salvé del naufragio, representaba ese ideal. Mi dulce mudita, ya herida de muerte, me acompañó a conocer a la que sería la futura reina. Pude leer la tristeza en sus grandes ojos marinos mientras navegábamos rumbo al final de nuestra historia. Yo aún no sabía que aquella mujer, que había visto en la playa con túnica de sacerdotisa cuando regresé a la vida tras hundirse mi barco, era la princesa a la que me habían prometido. Mi dulce mudita bailó para mí en el barco aquel día, el mar estaba encrespado y las olas bailaban junto ella sobre la cubierta, sin embargo, no perdía el equilibrio y el agua daba a su piel y a sus dorados cabellos un resplandor casi mágico, sus ojos me decían, me gritaban: ¿por qué buscas lo que tienes?. No puedo olvidar aquel día porque estuve a punto de detener el rumbo de mi barco. La princesa prometida resultó ser la mujer de mis sueños, y dos días después, tras la boda, igual que había llegado, mi dulce mudita se marchó,

en plena travesía. La última vez que la vi, tenía los ojos húmedos, brillantes como estrellas, estaba sentada junto a la borda, nosotros bajábamos a nuestro camarote y vi como miraba a mi esposa, con dulzura, a pesar de todo. En ese momento supe que había perdido a la mujer de mis sueños. Hoy la siento cerca de mí, su recuerdo me asalta a cada instante, echo de menos sus ojos y los busco sin encontrarlos en los ojos cansados y tristes de mi esposa que me ama con veneración, y que en realidad desearía ser mi dulce mudita.

LA MUJER DEL SOMBRERO ROJO.

*Por Fernando Benito.*

Aquella mujer tan elegantemente vestida reflejaba en su rostro el paso del tiempo. Con la mirada perdida



Irving Penn. "Mujer con sombrero" (1949)

en el horizonte parecía que echaba de menos aquel país que solo hacía unas horas había abandonado.

Se encontraba en un vagón que le llevaría a alguna parte donde esperaba encontrar algún retazo o algún atisbo de lo que ella había dejado atrás en aquel país que ahora parecía tan lejano y que tanto echaba de menos.

Sin embargo su mirada además reflejaba esa valentía y firmeza de la cual haría gala para sobreponerse a todas las dificultades que se encontrara.

Por el sencillo y al mismo tiempo sofisticado atuendo que llevaba se diría que intentaba parecer moderna aunque chocara un poco con su aspecto de mujer madura. Así era ella cuyo nombre era Rebeca.

## EL PATITO FEO.

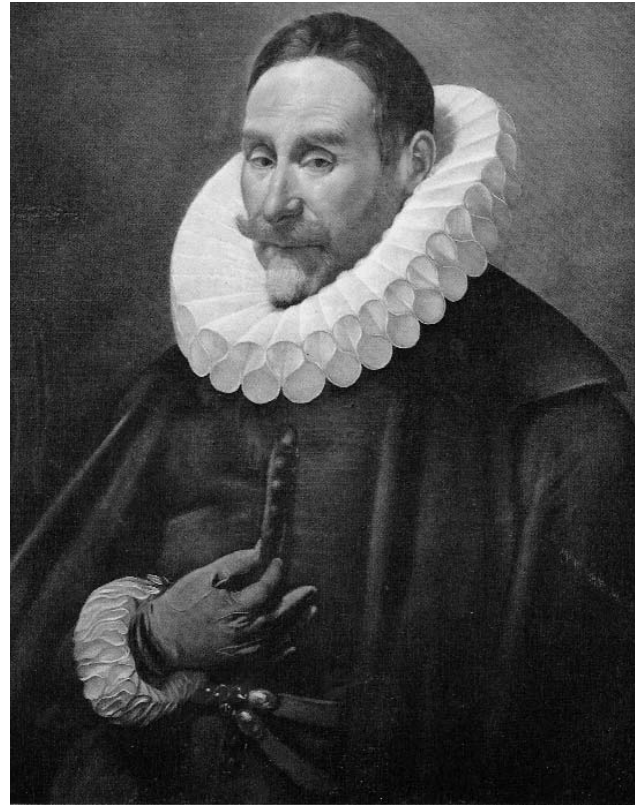
*Por Fernando Benito.*

Señoras y señores  
 Presten mucha atención  
 A este pequeño relato  
 Que narro a continuación.  
 Estaba una mañana  
 Mama pata en su nido  
 Cuidando los siete huevos  
 Que había puesto con mimo.  
 Pasados unos cuantos días  
 Llegó el momento esperado  
 De que los siete huevos  
 Fueran eclosionando.  
 Poco a poco y uno a uno  
 Cada uno de los polluelos  
 Fuimos no sin esfuerzo  
 Todos los huevos rompiendo  
 Cada uno de los pollitos  
 Vestíamos plumaje amarillo  
 Todos excepto uno  
 Que vestía gris plumizo.  
 Además de este detalle  
 También se podía observar  
 Que él lucía unas alas  
 Más grandes que los demás  
 Una tranquila mañana  
 A nadar a un lago salimos  
 Todos nadábamos juntos  
 Tan rápido como podíamos  
 Pero el de plumaje gris  
 Con su opaco pelaje  
 Tenía más agilidad  
 Y convertía en ventaja  
 Esa discapacidad  
 Que todos creían desgracia  
 Y a partir de ese día  
 Siguió siendo el patito feo  
 Pero en el agua se movía  
 De lo más rápido y ligero



Dibujo oriental

## MI VIVO RETRATO.

*Por Manuel Carrasco.*

Hombre con gola. Maino

Era mi vivo retrato y le invité a venir a casa. Le vestí con mi traje de novio le puse un marco y le coloqué en el salón. Fue la admiración de todas mis amistades. Hubo quien dijo que podía ser un Antonio López. A veces le vestía con ropas de época y alguien aventuró que lo podía haber pintado el mismo Velázquez. También mi mujer estaba encantada porque la entretenía mientras yo iba a la oficina. Mis hijos, en cambio, se quejaban de que era demasiado tener que soportar las órdenes por duplicado.

Un día, que estaba yo griposo, se ofreció para sustituirme en el trabajo y nadie se dio cuenta del cambio. Otra vez acompañé a mi mujer a la compra y una noche fue con ella a la ópera porque yo tenía jaqueca. En vacaciones lo llevábamos con nosotros y lo colocábamos en la habitación del hotel. A mi me daba un cierto reparo que nos viese en la cama aunque él se tapaba los ojos cuando nos íbamos a desnudar. Mi mujer decía que no le importaba, porque era ya como uno más de la familia.

Era callado y aseguraba que así era feliz, pero en unas fiestas de navidad me rogó que le sustituyese en el cuadro porque él quería visitar a su familia. Nos cambiamos la ropa y él se marchó asegurando que volvería en un par de días.

Han pasado tres largos años y aquí sigo convertido en mi vivo retrato.

## CONTRATO CONFIDENCIAL.

Por Manuel Carrasco.

A la doctora Evangelina Duralde y Pérez, mi estomatólogo, cuando era pequeña, le gustaba la espeleología. Después, cuando con el tiempo llegó a la sensatez, se olvidó de las cuevas y siguiendo la tradición familiar paterna se hizo dentista. Posiblemente también contribuyó que siempre le había recordado el foco de la consulta de su padre a la linterna que llevan en la frente los espeleólogos; pero el caso es que casi había olvidado sus aficiones infantiles.

Pero su vida cambió cuando me conoció. Bucear por mis caries le resultaba tan apasionante como descender a las cuevas más profundas, en las que no podría encontrar tantos recovecos como los que mi deteriorada dentadura le ponía a su disposición. Un día hasta se extraviaron unas tenacillas en la concavidad de una de mis muelas del juicio y se tuvo que movilizar toda la clínica para encontrarlas, lo que sólo se pudo conseguir gracias a las modernas técnicas de la radiología.



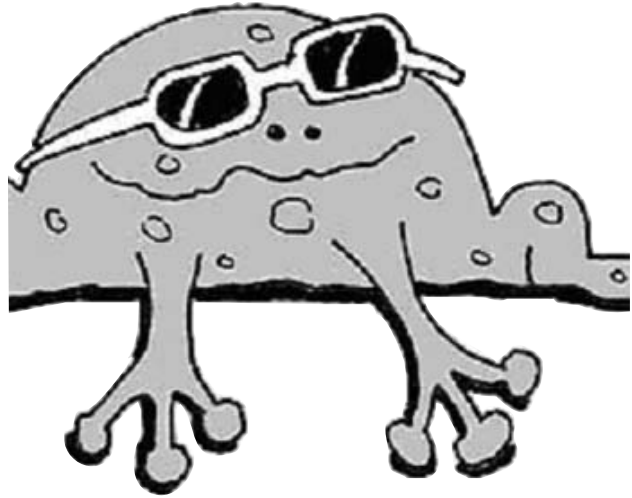
El sacamuelas. Antonio Mingote

A mí, en cambio, siempre me aterraron los dentistas. Y no por culpa de los que integran esa benefactora y prestigiosa profesión, sino por mi casi enfermizo temor a cualquier manipulación que se me pudiese hacer en la boca. Y eso desde pequeño; en casa nunca me asustaron con el hombre del saco ni con el lobo, ni siquiera con el corzo que, entonces, yo pensaba que debía ser un animal terrible, sino con el odontólogo, que muchos años después supe que era lo mismo que dentista.

Cuando aquel día puse mi destino en manos de la doctora Duralde, firmamos un contrato de absoluta confidencialidad, según el cual ella nunca comentaría mi vergonzante cobardía y yo, a cambio, le cedía toda mi dentadura para que se pudiese ejercitar en el noble deporte de la espeleología, sin asumir los riesgos que comporta tan peligrosa actividad.

## EL SAPO.

Por Marta Romero. 12 años.



El otro día en el pantano ví un sapo muy grueso y estirado. El sabía hablar, iba peinado diferente y no hacía caso a los que no eran de su tipo, tenía muy pocos amigos por eso. Un día una hada madrina se le apareció y le dijo que el único amigo que tenía había muerto, el sapo se puso muy triste, porque ahora no tenía ningún amigo. Un día una rana nueva en el bosque le dijo que si quería ser su amigo, el sapo no se lo creía y muy entusiasmado le dijo que sí. A los pocos días se alegraba muchísimo de no haber negado esa apuesta de amistad. Desde entonces el sapo aprendió que todos somos iguales.

## BANDERILLERO.

Por Manuel Carrasco.

- Maestro, ¿Piensa usted que la estructura coyuntural es favorable para afrontar con probabilidades de éxito la acción prevista?

- Déjate de mariconadas y pon, de una puñetera vez, el par de banderillas.



Fotografía. Archivo de Chinchón.

ME SIENTO VIVO.

*Por: María del Carmen López Jaraba.*



Nubes. María López

¿Como he llegado aquí?... de pronto me hallo en el punto álgido de mi vida, mis pasos me han llevado hasta este momento, no se como, bueno si lo se, desde que comencé a cursar la carrera tenía consciencia de que conseguiría todo lo que necesitaba para vivir, ¿para vivir?... he conseguido cosas importantes, hice una familia, si, una familia. Amanda, mi querida Amanda, cuanto te quise, quizá no tuve la suficiente consciencia de que te estaba guardando cual tesoro, o que ni siquiera sentía en ningún momento la necesidad de compartir contigo mis momentos de soledad o mis sueños porque no los tenía, y si los tuve ni cuenta me di, simplemente el superarme ocupaba toda mi vida ¡¡¡buena superación la mía!!!, cuando engendré..., no recuerdo haber hecho el amor para ello, ¿o si lo hice?... bueno el caso es que engendré a mis hijos, más, no era consciente, tanto como lo soy ahora, de que ellos necesitarían mi tiempo, el cual he ocupado, a "construirles una vida cómoda". Pero acaso yo he tenido tiempo?, o el tiempo me ha tenia a su merced? Solo se que me parece que perdí ese tiempo, y ya, quiera o no quiera, no puedo recuperarlo.

Me siento... quizá culpable de tu desaparición Amanda, pero... ¿que podía hacer entonces? La vida empujaba, los hijos se me acumulaban como cualquier dossier o expediente de mi empresa, me siento culpable, pasaste en mi vida como un lugar seguro donde apoyar mis días cansados, lo se, te quise, aunque no se hasta que punto tu pudiste quererme, la comodidad de nuestra vida, de la vida que tejí a mi alrededor. El maldito tiempo, la sensación de la plenitud no ha llegado a mi aún, o si, no se, esto no deja que busque un contrapunto en mi consciencia.

Tengo 63 años, 63, y ahora, casi avergonzado a veces, otras como un entupido viejo, creo que comienzo a vivir de nuevo, si es que alguna vez antes he vivido, ella... la sonrisa de Laura... es como una inyección de vitaminas en mi largo y enfermo camino que nunca he sentido largo, al contrario, nunca sentí la sensación de que el tiempo pasara, más se que mi frente ya la cubren cabellos blancos, ¿cabellos blancos? canas, tengo la frente cuajada de canas. Laura, Laura... mi joven Laura... te quiero... se que tus 26 años no son míos, lo se, se que mis cuentas doradas en los bancos son las que me hacen a tus ojos un ser divino, se que tu ternura es sólo fachada que encubre tu interés, pero... ¿que puedo esperar ahora, ya...?

El dormir acompañado de tu piel, suave, tersa y cálida me da ánimo para continuar, las sensaciones que me regalas, que regalas a mi cuerpo achacoso y mortecino, los jirones de vida que haces que se escapen de mi cuando me tocas -parezco un viejo verde, quizá lo sea, o no- son como gotas de agua fresca que me hacen sentir que aún sirvo como hombre, como macho capaz de hacerte sentir, quizá finjas, puede ser, pero no me importa, no me importa, me haces enloquecer de pasión.- Amanda... tu, solo fuiste, y me siento culpable, pero no se de que, ¿de que?, fuiste solo y bastante, la mujer que me supo encauzar para componer esta sinfonía perfecta para nuestros descendientes, esos extraños que apenas si me visitan, yo tampoco los visité en sus noches de pesadillas infantiles, por eso no los culpo, pero si les echo de menos, mucho, mucho. Ellos me echaran de menos también? Bueno y si no me echan de menos, que mas me da ya, yo ya se que todo es diferente, ellos viven desde siempre, yo vivo ahora, vivo ahora... con mi Laura.

Miguel, mi nieto favorito, no se porque dice la gente que todos sus hijos, todos sus nietos son iguales, ¿iguales?... nunca, pero, es igual... Miguel también me abandonó, o quizá lo abandoné yo a el, como a todo lo que me rodeaba, (Amanda, tuviste que morir para que me diera cuenta de que me eras necesaria, necesaria para mantener dormida mi vida), podría quejarme ante vosotros, tu, Amanda, mi esposa, Lucas, Pablo y Marina, mis hijos, Miguel, Luís, Beatriz y Víctor, mis nietos... podría quejarme ante todos... ¿pero de que serviría? Al fin y al cabo, el error es mío, debí vivir a vuestro lado en vez de vestir vuestras vidas de satén. Vestir vuestras vidas de caprichos y buena educación -estudios- buena educación- caprichos- eso es, caprichos... pues ahora me toca a mi, digo yo, aunque me sienta culpable, o viejo verde, o trasnochado soñador, ahora me toca a mi disfrutar de un gran capricho... mi Laura, mi linda Laura... mi joven Laura.- voy a disfrutar de ti hasta morirme.

Voy a disfrutar de mi hora de la vida en satén, en seda, en tul. Voy a bordar mis sensaciones sobre ese rico satén. El satén suave y costoso de tu vestido Laura, hoy, es el día de mi boda, y me encuentro aquí, delante de mi mismo, investigándome, tal vez inten-

tando justificar este acto ante mi inconsciencia, o de consciencia final, no me siento mal, al contrario, a pesar de saberte interesada, oportunista- yo también soy oportunista, si, sino ¿de que manera una mujer de piel tersa de 26 años me iba a entregar su cuerpo a mí? Un hombre avejentado por el tiempo, con la piel arrugada, los ojos enmarcados en bolsas lívidas de tantas noches sin sueño, un hombre con las manos casi temblorosas ya ¿acaso alguna mujer de tus características podría amarme? Y que mas me da?, yo recibo tanto a cambio, tus caricias, tus besos, tus risas... tu cuerpo joven, me encanta acariciar tus pechos tersos, duros, y lo sabes, te encanta verme colgado de ti, tu sonrisa malévolamente me recuerda que estoy en tu vida por un cheque en blanco, ya casi no recordaba lo que unas manos suaves como las tuyas provocan en mi interior.

Mirar tus ojos... a veces, resulta un drama en mi interior, me siento culpable Amanda, pero... los ojos de Laura... imagino lo que piensa cuando me besa, cada beso significan cifras de más de 6 ceros continuando a varios dígitos- ¡¡¡pero que sabrosos besos me das pequeña!!!, una pensión vitalicia cuando yo muera, serás una reina, viuda pero reina, cuando muera, que siento no será muy tarde, pues mi corazón ya hace aguas de tanto no dedicarme a vivir, o ¿sí he vivido?, a veces imagino que te ríes, en tu interior, de este pobre viejo, y que cuando te encuentra con tu... "amigo", "amante"...- quizá no tienes ni amante ni amigo- solo soy un viejo malpensado- no quiero pensar en eso, no... ahora te dedicas a mí, a mí mi niña, cualquier momento que me entregues es un regalo, no puedo esperar más de ti- y aunque así fuera, aunque tus amantes brotaran por doquier, yo te quiero Laura.

Voy a estar perfecto para ti, voy a hacerte sonreír. A Amanda no recuerdo haberla hecho sonreír, quizá no supe trabajarla bien, en la cama éramos como dos autómatas colocando piezas en cadena, me siento culpable de no haberte hecho sonreír Amanda, me siento culpable, pero, tu... tu tampoco me hiciste sonreír a mí, hoy haré sonreír a Laura, al menos hasta mañana, al menos hasta mañana que ya será la Sra. de Macías, la señora del señor Macías... Lo siento Amanda, lo siento, o no, mejor dicho, me siento Amanda, me siento vivo, vivo Amanda, me siento vivo...

Puesta de sol



## LA MUJER CORTADA.

*Por María Jesús Frutos.*

La primera vez que mi padre y yo hicimos en un escenario el truco de la mujer cortada yo tenía 15 años. La noche anterior no pude dormir, sólo veía mi cuerpo partido en dos, sólo oía el ruido que la sierra movida por él iba haciendo según nos cortaba a la caja y a mí. El estaba entusiasmado, decía que este número nos traería más contratos y mucho dinero. Aunque como viajábamos tanto no pudiésemos disfrutarlo.

Cuando era pequeña siempre recuerdo a mi padre haciéndome trucos, me tenía fascinada, todos los niños querían ir a mi casa y estar con él. Todo le salía perfecto, menos el día que murió mi madre, yo le tiraba del pantalón suplicándole que la despertara con su magia, pero él solo lloraba y, por supuesto no la despertó. Desde entonces guardé dentro de mí un rencor que fue creciendo muy lentamente. Me había engañado haciéndome creer que la magia era verdad, pero me tracionó o esa fue la idea que yo guardé en mi memoria desde los 7 años.

Con el tiempo y una situación algo precaria, decidió intentar ganarse la vida haciendo los trucos que yo ya no creía y me llevó con él. Al principio me limitaba a ir y venir como una maleta de un lado a otro, decía que la ignorancia del público le haría poderoso y que había que conseguir una espectacular puesta en escena para hacernos famosos. No se daba cuenta de que con él había una niña que no iba a la escuela, que no tenía una casa. Vivíamos en pensiones baratas poco adecuadas para mí porque oía y veía cosas y gentes que me daban bastante miedo. Un buen día se le ocurrió que si salía al escenario para ayudarlo el show resultaría algo más colorido. Me compró dos vestidos brillantes y un pintalabios rojo y me dijo que sonriera, sólo eso. Yo era basta mujer cortada vió el cielo abierto, preparó el material y lo fuimos ensayando una y otra vez hasta que salió perfecto y pudo presentarlo. Cada vez que me metía en la caja cerraba los ojos y el terror se apoderaba de mí. Mi padre era mi dueño desde hacía mucho tiempo y ahora además cortaba mi cuerpo en pedazos, dejaba por un lado mis piernas, que nunca podrían llevarme a donde yo quisiera y mi vientre, estéril y desértico de sensaciones y por otro, mi corazón y mi cabeza, que no dejaban de pensar en otra cosa que el odio y el deseo de que todo acabase. Me sentía fragmentada, cada noche los aplausos me recordaban que había vuelto a romperme y a unir me para continuar con esta vida que me aprisionaba cada vez más.

Tuvimos mucho éxito y ganamos dinero y, después de 15 años, mi padre decidió dejarlo. Por

entonces yo tenía asumido que no era nada más que una mujer objeto en el escenario, fuera de él me sentía su esclava. Con 30 años mi vida estaba cerrada, nada tenía aparte de mi padre, no me había dejado tener amigos, desarrollar alguna afición o aprender algún oficio, no le importó mi futuro. El había conseguido ser muy famoso, varios premios y mucho reconocimiento por parte de la profesión, pero no lo había compartido conmigo. Apenas me daba dinero para gastarlo en lo que quisiera, no me llevaba a ninguna fiesta, y lo que más me dolió era que casi nunca reconoció públicamente que yo era su hija, ¿puede existir algo más doloroso?. Por razones misteriosas le supliqué que me llevase a vivir con él al campo. No me sentía con fuerzas para afrontar una separación de mi verdugo o quizás mi inconsciente pensó que si estaba cerca del objeto odiado podría castigarle o dominarle algún día por todo lo que me había robado.

La casa estaba bien, era agradable y cómoda y yo me adapté enseguida, salía a pasear, leía, le cuidaba lo mejor que podía, pero siempre sintiendo un rechazo en el fondo que no me dejaba tranquila. Todo el material del show lo vendimos a una compañía, de modo que solo quedaba el álbum de recortes del periódico que mi padre fue haciendo y una foto de los dos en el escenario que colgaba de la chimenea y que yo no miraba jamás. Nunca recibíamos visitas y no teníamos vecinos cerca, de modo que nos bastábamos uno al otro para odiarnos.

Una noche, el viento me despertó y oí a mi padre que me llamaba, acudí a su habitación y le encontré sentado en la cama con ojos asustados, me dijo que había soñado que se moría y que tenía que darme antes unos documentos. Los guardaba en el desván, en un cajón del mueble que había junto a la ventana, así que me dirigí allí, casi no entraba nunca, pero sabía a donde tenía que ir. Abrí la puerta con la llave y entré, la luz estaba a la izquierda, a la altura de mi hombro, pero no encendía, lo intenté varias veces pero nada, por el tragaluz entraba claridad suficiente y decidí no coger ninguna vela, me guié por la pared, tropezaba de vez en cuando con trastos viejos pero conocidos, no había nada que temer, al fin llegué al mueble, abrí el cajón y saqué la carpeta que me pidió, fue al volverme cuando tropecé con algo en el suelo, no me había dado cuenta de que apenas se veía, estaba más oscuro pero había relámpagos que iluminaban una

parte de la habitación, no caí al suelo porque el objeto no era grande, me agaché a tocarlo, era una caja de metal, con una tapa a medio quitar, me pringué con algo espeso que me pareció aceite y seguí curioseando, no había nada de interés, una lata con clavos, trapos rotos que olían a óxido y poco más. Cuando iba a levantarme dí con el pie en algo de madera, volví a agacharme y al tocarlo mi mano huyó como si hubiera recibido una corriente eléctrica, el corazón se me paró, las piernas se me aflojaron y me dejé caer, estaba segura de lo que era, reconocía el mango tan suave y pulido de tanto tocarlo, me armé de valor y ya no pude parar, toqué el acero, tan frío, ya oxidado, los dientes, todo volvió a mi cabeza, recorrí con la dos manos el filo de la sierra, igual que si me estuviera cortando por la mitad, fue



El Ilusionista

entonces cuando el resplandor de otro relámpago alumbró el cajón, estaba al lado, lo ví muy fugazmente y me acerqué. Recorrí despacio las esquinas, el agujero por donde yo sacaba mi cabeza estaba intacto, las dos mitades separadas más o menos a un palmo, busqué los dos cierres y los levanté, uní los dos cajones y sin pensarlo me metí dentro, bajé las tapas y cerré los ojos, por fin pude llorar, lloré mucho tiempo, llore muchos años pero no

me consolé, sentía rabia por todo lo que me habían robado, por mi mala suerte, por seguir viva pero arrasada y entonces como un resorte abrí el cajón, busqué por el suelo la sierra y al cogerla me corté en la mano pero no me detuve, agarré el mango y busqué la puerta para salir, tropecé con unos muebles y caí al suelo, perdí la sierra pero palpando alrededor la encontré, sólo tenía una idea, ahora sabría lo que me había hecho sufrir.

Bajé a su habitación y le encontré sentado en la cama, cuando me vió se levantó e intentó sujetarme los brazos, caímos al suelo, yo no soltaba la sierra, se la acercaba sin medir, sólo quería cortarle, como él me hacía a mí. En el forcejeo le corté en un hombro, cerca del cuello y la sangre comenzó a brotar caliente y espesa, de pronto me agarró del pelo para separarme y la punta de la sierra vibró alcanzando mi cara. Sentí el corte cerca del ojo, el pómulo se abrió como un melón y me cubrí de sangre, en pocos segundos fuimos perdiendo fuerza los dos y caímos al suelo, los charcos de sangre se juntaron y el sueño y el frío se apoderó de nosotros.

## HISTORIA DE IMBRAOJOS DE MAR.

Por Fermín Peñas.



Alba. Manolo Carrasco

Imagino que todos recordaréis los sucesos de Palomeras en Almería, si claro lo de las bombas atómicas que se desprendieron de unos aviones norteamericanos y que puso fin el baño en el mar de Don Manuel Fraga, insigne ministro de turismo por entonces.

Bueno, puso fin a lo de Palomeras, pero no a lo de Imbraojos de Mar, pedanía muy pequeña y cercana que claro no aparece ni en los mapas y que por aquellos días sólo tenía acceso por un pequeño camino de tierra y piedra, un camino de cabras vulgarmente dicho. Y fue precisamente allí donde cayeron las bombas, que tras chocar contra los riscos que lo rodean, cayeron ladera abajo hasta el mar de Palomeras. Y por causa de los átomos, los neutrones o Dios sabe qué empezaron a producirse las situaciones que han perdurado hasta hoy.

Todos los habitantes de Imbraojos de Mar tienen los ojos un poco más grandes y saltones que el resto de los humanos, como de rana, podríamos decir. Pero no sólo eso, todos tienen un algo. Los hay de mirada cortante y claro son aprovechados para cortar leña, pastos, incluso los peluqueros tienen este tipo de mirada. En el pueblo no hay analfabetos como antes pues lo de mirada sabia miran fijamente a los demás y les transmiten en dos horas tantos conocimientos como los que tienen todos los libros de la antigua biblioteca, que ahora es tan sólo un museo.

En invierno los de mirada cálida van por turnos a las casas y las calientan en más o menos media hora. Pero claro en verano han de ir con gafas oscuras o simplemente con los ojos cerrados. En verano es al revés, los de mirada fría refrescan las casas y aún más, los de mirada gélida fabrican cubitos de hielo.

Aquí nadie paga luz pues los de mirada eléctrica trabajan todos en una pequeña subestación que abastece a todo el pueblo.

Los pasteleros, claro está, son los de mirada dulce, ayudados por los de mirada tierna que hacen que ni el pan ni los pasteles se pongan nunca duros.

Si hay alguno que se pasa un poco, esto es, que sea un poco gamberro, pues nada tres o cuatro miradas cautivadoras pues aquí no hay cárcel, con lo que todo se puede arreglar con unas cuantas miradas de reproche.

También hay un hospital donde las enfermeras, y enfermeros claro, pues lo de la mirada, no distingue de sexo, suelen ser los de mirada tranquilizadora. Los anestésistas, los de mirada hipnótica. No hay salas de rayos X o escáner, simplemente te miran los de mirada profunda o penetrante que pasan su informe a los de mirada escrutadora que te vuelven a mirar y entonces diagnostican. Así es Imbraojos de Mar. Todos dependen unos de otros y van tirando. Ah!, se me olvidaba, a los de mirada lasciva se les obliga a ir con gafas casi negras.

El alcalde, elegido cada cuatro años por mirada universal, permitió por única vez que un científico realizara un estudio sobre la población. Descubrió todo tipo de miradas que catalogó, explicó e incluso fotografió y que iba añadiendo a un amplio dossier de más de mil quinientos folios. Pero en más de un año y medio de investigación no pudo encontrar a nadie que pudiera catalogar como de mirada asesina, pues siempre se había oído decir que hay miradas que matan. Y él quería encontrar una vacuna contra este tipo de mirada. Pero no lo consiguió, pues una mañana la señora de mirada limpia que arreglaba las habitaciones del hotel lo encontró muerto sentado en una silla y con la cabeza caída sobre el periódico que estaba leyendo, justo encima de una foto, primer plano, doble página y a todo color del trío de las Azores.



Perspectiva Urbana con Autorretrato.  
F. García Lorca. Poeta en Nueva York.



CUANDO DESPERTÉ, EL DINOSAURIO SEGUÍA  
ESTANDO ALLÍ.

*Por Fermín Peñas.*

Aquella tarde Baké y yo intentamos comer temprano para luego simplemente poder descansar. Hacía dos días que el cielo se veía lleno de densas y abigarradas nubes oscuras que según pudimos escuchar por el radio de Alí, hoy descargarían sobre nosotros, y precisamente eso es lo que esperábamos y habíamos pedido y seguíamos pidiendo cada uno de nosotros a su Dios, que aquella noche el cielo se abriera y arrojara agua, hasta que el Dios de la lluvia al que Kíme y Nebón imploraron de rodillas mirando las estrellas, se quedara exhausto, vacío, y que la luna que tantas veces nos guió mientras esperábamos el momento escondidos como alimañas en el bosque, quedara apagada entre las nubes.



Foto Adriano Morán. Memoria Gráfica. Diario de un jabalí

Al anoecer la lluvia ya había apagado nuestras hogueras y el olor a tierra mojada y humo impregnó nuestra ropa. Nos juntamos todos por última vez y nos cogimos de las manos mientras el agua escurría por nuestros cuerpos haciéndonos tiritar. Rezamos, tranquila y quedamente, nos deseamos suerte y bajamos en hilera por el camino que llevaba a la luz a aquella ciudad que atisbábamos desde lejos y que brillaba por la noche como el oro, pero que estaba guardada por el dinosaurio, como nosotros lo llamábamos, aquel dinosaurio gigantesco de alambres y espinos metálicos que pensábamos derribar con nuestras escaleras.

De repente estuvimos ante él. Baké y yo corrimos, apoyamos nuestra escalera y entre la lluvia trepamos una valla, después la otra y un golpe seco que apagó las voces de mis compañeros. Y cuando desperté el dinosaurio seguía estando allí.

EN LOS LÍMITES DEL MUNDO

*Por Fermín Peñas.*

En los límites del mundo  
buscaba polvo de estrellas.  
Restos de incólumes batallas  
luchadas contra mí mismo.

Y contaba los pliegues de la piel,  
las cicatrices y heridas indelebles  
de mi cuerpo.

Que como ríos añiles,  
formaban océanos impúdicos  
en mi pubis, en mi ombligo.

Intenté ser lo que no pude  
por falta de minutos en horas  
de máxima audiencia.  
Desnudo y agotado, quedé dormido  
aferrado al tronco áspero y oscuro  
del olivo que agarraba al arco iris.

Volví a mi casa,  
situada donde siempre.  
Con las manos vacías.  
A la calle del sudor y la rutina  
donde todos trabajan de sol a sol  
y hasta los niños,  
tienen callos en las manos  
de arrancar cardos, a la puerta de sus casas.  
Donde la lluvia tan sólo se detiene  
en los tejados que tienen goteras;  
que son casi todos por cierto.

Arrastré de nuevo las cadenas  
que girando por el suelo,  
sonaban a música de difunto.  
Esperando en vano,  
la llegada de un efímero adalid  
que quisiera liberarme.  
Y conmigo a todos los de mi calle,  
de mi barrio, de mi pueblo.

Qué aguardamos cada día  
encima del andamio;  
ungidos de lluvia, sudor, cemento y barro.  
A que llegue el minuto fatal  
del accidente.  
Que nos convierta en pétalos rojos  
esparcidos por el suelo

## EL NIÑO TOMAS

*Por Graciela Rivas de la Vara*

Dejaban huellas de niños sobre el camino, solo faltaban unos metros para llegar a casa de los dos kilómetros que separaban a Tomás de la escuela, como cada día venía alegre y riendo con sus tres hermanos y algunos amigos del caserío, celebraban el curso terminado, pero a Tomás no le hacía gracia, le gustaba la escuela, no le importaba ir todo el año.

Poco a poco se acercaban las casas coloridas, no más de una docena, algunas de bahareque (barro comprimido), otras pocas de ladrillo, cierto es que para aquel clima cálido y húmedo del Caribe era suficiente, ninguna tenía más de dos piezas, una para estar y otra donde dormir con alguna cortina de por medio, sus habitantes felices en la escasez se integraban al paisaje verde, frondoso de palmeras y plataneras, la única preocupación podría ser llegar al ambulatorio cuando hiciera falta, pero como una gran familia se ayudaban. Los niños llegaron, Tomás se despidió:

- después jugamos, me espera mi papá para almorzar.

Y con una gran sonrisa, dejando relucir sus grandes dientes, cruzó la puerta y abrazó a su padre.

Como cada día su madre sirvió la sopa humeante en platos de peltre, plato único y saciante a base de tubérculos y del sobrante de la pesca del día que el niño disfrutaba de una manera especial, al comerla el calor era menos y todos, conversaban y reían. De pronto, la risa de Tomás desvaneció al escuchar las palabras de su madre:

- ¡vienen los turistas Tomás, este verano reuniremos más dinero, tus hermanos nos ayudarán, ya están grandes!

- ¡no me gusta el verano! Exclamó molesto y preocupado el niño.

- muchacho tonto, (dijo su madre) aquí siempre es verano, y rió mucho.

Pero para él sólo existía un verano y era ese, en el que iban a la playa de turistas.

Sus diez años, no entendían razones, lo único cierto para él es que no vería a su padre en dos meses; debían trasladarse a casa de una tía cerca de aquella playa, cuando la que existía al lado era mucho más bonita, podía correr libre, sin obstáculos de cuerpos tomando el Sol, a los que debía esquivar para poder

pregonar y vender los dulces de coco que hacía su madre, labor que podía ser larga hasta que se acabarían, dependiendo de la suerte. El se sentía triste era un castigo separarse de su entorno. Sus hermanos gritaban de emoción, verían a sus primos y además muchas caras nuevas, coloradas y aceitosas, niños jugando con grandes pelotas de colores y extraños artilugios para jugar en la arena, irían de la capital y el extranjero. Tomás permaneció callado y pensativo, debía hacer algo, se sentía mayor para decidir lo que quería y aquella noche planearía la forma de conseguirlo, sólo faltaban dos días para la partida.

Sobre las cuatro de la madrugada cantó el único gallo del jardín, Tomás abrió los ojos, sus hermanos dormían, se levantó sigiloso y descorrió la cortina que separaba la pieza de sus padres, también dormían, era el momento; hasta las cinco no se levantaba su padre, así que se calzó las alpargatas y salió al camino, no tardaría mucho en llegar por suerte había luna llena.

Caribeña, la barca que su padre compartía para pescar; era grande y profunda, habían muchas redes; se escondería debajo de ellas hasta llegar mar adentro; en casa, su madre no lo echaría de menos hasta el desayuno y tendrían que marcharse sin él; llegó a la bahía, ubicó la barca, se escondió y se durmió.

Se oían voces, eran los pescadores; sentía el vaivén de la barca sobre el mar, y de repente, voló por los aires junto con las redes, un grito desgarrador salió de la garganta de Tomás.

- ¡Qué fue eso, dijo uno!

- Por Dios, es un niño, a caído al agua, exclamó otro.

Y el niño sintió como las redes lo empujaban hacia el fondo, trataba de zafarse pero cada vez se enredaba más en aquella maraña de cuerdas, los hombres en el agua luchaban para rescatarlo; en la barca, otros halaban las redes, era difícil actuar con rapidez, Tomás sintió pánico, no podía respirar, aquel agua salada llenaba su boca al intentar llamar a su padre, se estaba ahogando, de pronto sintió una fuerte sacudida, un pescador tiró de él hasta hacerle daño, no podía zafarlo, luchaba con todas sus fuerzas, utilizó una navaja y al fin separó al niño de su trampa, al salir a flote Tomás vio la luz del Sol y se desmayó.

- Rápido a la barca, el niño está inconsciente, gritó el pescador.

Con tanta prisa con permitía la marea, subieron al niño, su padre lo recibió desesperado, estuvo cinco largos minutos con un compañero reanimando a su hijo, de repente, una tos trepida devolvió el aliento al niño.

- Tomás, estoy aquí, soy papá.

El niño comenzó a llorar desconsoladamente, su padre lo abrazó, había sido la peor pesadilla de su corta vida; al calmarse le contó sus miedos, no quería alejarse de él, y el padre decidió que era hora de enseñar el oficio a su hijo, así que le dijo:

-Te quedarás conmigo y pescaremos juntos, aprenderás todo lo que sé, y al niño se le iluminaron los ojos de alegría.

Había pasado un mes, Tomás y su padre regresaban de la pesca, limpiaron el pescado, pelaron los tubérculos y sobre el fogón cocinaron su almuerzo. Sentados a la mesa compartieron risas y proyectos entre el ruido de las cucharas golpeando los platos de peltre; Tomás mirando a su padre con admiración le dijo:

-Papá, me gusta la sopa.

Y él sacudiéndole el cabello con un gesto de cariño contestó:

-A mi me gustas tú.

OTRO LUGAR, OTRO TIEMPO.

*Por Víctor Manquillo, 12 años*

Un día cuando todo el mundo dormía una especie de meteorito colisionó contra la Tierra rasgando la línea del espacio tiempo y llevando a 3 niños de doce años, pero de distintas épocas a un mundo convergente.

Uno de los chavales era de los prehistóricos, tonto y como un elefante en una chatarrería, pero muy grande. Otro era de nuestro tiempo, era bueno con los patines y se sabía todos los trucos de los videojuegos.

El último era futurista, muy listo y silencioso. Los chavales llegaron a un castillo donde tenían que superar 3 pruebas para volver a su mundo.

La 1ª prueba fue hacer un examen de matemáticas que hizo el futurista y como era muy listo ganó.

La 2ª prueba consistió en pasarse un videojuego en 12 horas que hizo el contemporáneo y como se sabía todos los trucos se pasó el juego en tres minutos

Y la 3ª prueba consistía en levantar una enorme roca que hizo el prehistórico y como era muy fuerte la levantó sin esfuerzo.

Al haber superado las pruebas con éxito los chavales volvieron a su tiempo con su familia.

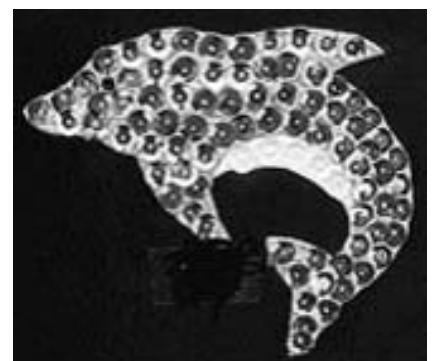


DESPUÉS DE LA LLUVIA

*Por Cristina Romero, 12 años*

Era un día lluvioso, en aquella isla sólo se podía apreciar la gran lluvia torrencial. En pocos instantes las nubes se alejaron y se vieron todas aquellas casas completamente inundadas, las palmeras se habían arrancado de cuajo y la playa estaba completamente solitaria.

En ese mismo instante vi a un delfín tumbado en la suave arena de la playa, me acerqué a él con la intención de ver el estado en el que se encontraba, pero ya había muerto. No podía creer lo que había visto instantes atrás.



## EL DINERO LE DIO LA FELICIDAD

*Por Sara Ruiz París, 12 años*

Érase una vez un pingüino llamado Suwi, era muy patoso y tonto, vivía en una isla congelada en el polo norte, y su problema era que nunca reía. Para ver si se reía de una vez por todas, se fue a un desfile de modelos, ya que le habían dicho que los trajes eran feos y graciosos, pero nada, que no dio resultado. Este pingüino se fue a pedir ayuda a un gato, pero lo único que hizo el gato es hacerle sufrir del dolor. Ya dado por vencido cuando se iba de camino a la isla se tropezó y se cayó a una cueva. Cuando se recuperó del golpe se dio cuenta que estaba rodeado de oro, y le



dio tanta risa que después de eso de todo lo que veía se reía.

## PENSAMIENTO

*Por Ernesto González, 12 años*

Hoy por hoy, bien poco se puede hablar sobre el mundo, todos sabemos lo que era, en lo que se ha convertido y suponemos lo que puede llegar a ser si continuamos así. Todos sabemos que vivir en este mundo, a veces puede no ser un plato de gusto, pero es el papel que tenemos que desempeñar cada uno.

La vida es como un tablero de ajedrez, en el que nunca sabes si vas a tener un golpe de suerte o cuando puedes perderlo todo, con un simple paso en falso. Diré que sería mejor vivir en paz, porque para siete días que tenemos, no los vamos a desperdiciar en enfadarnos y pelear los unos con los otros.

## LA SIRENA EN LA LATA DE SARDINAS

*Por Silvia Gaitán, 12 años*

Había una vez en un mar desconocido una sirena, muy bella, pero a la vez prepotente. Todos los sirenos se fijaban en ella, y las demás sirenas estaban celosas. Un día llegó otra sirena, no era muy guapa pero sí tenía un gran corazón, esta sirena ayudaba a todo el mundo, y todos se hicieron sus amigos. La sirena prepotente llamada Sally se puso celosa de la otra sirena llamada Amanda, y se accidentó a propósito, se metió debajo de una piedra y empezó a gritar:

-¡Socorro, socorro que alguien me ayude!

Y Amanda fue corriendo a socorrerla. Cuando la sacó de la piedra, Sally la metió debajo de la piedra.

Al día siguiente el rey Tritón rescató a Amanda, y echó una maldición a Sally, y de repente apareció en un sitio muy pequeño y oscuro.

A los pocos días, acompañé a mi vecina al supermercado, y como ella se quedó hablando, me mandó que hiciese la compra por ella. Cuando llegábamos a casa me obsequió con una lata de sardinas que tenía en la bolsa. Abrí la puerta de mi casa, y no había nadie, era la hora de comer y no había comida preparada, así que, decidí abrir la lata de sardinas, y había una mini sirena dentro, la sirena me lo explicó todo, y arrepentida me pidió que la metiese a la pecera, cuando de repente desapareció. Supongo que la sirena se arrepintió, y fue amiga de Amanda.



## EL CAPITÁN TORY

*Por Stella Korstánje, 11 años.*



Cuando Esteban llegó a casa y llamó a su madre y vio que no le respondía, se quedó asustado, subió y cuando llegó al salón y no vio a su madre decidió esperarla en el sofá pero cuando se dio la vuelta había un marinero con pipa y sombrero delante de él, le dio tal susto que se cayó al suelo. Cuando se le pasó el susto el marinero se sentó y le comunicó que su madre había muerto y él era su padrino. A Esteban se le cayeron las lágrimas, entonces el marinero le dijo que ya aquí no se podían quedar. Se irían a su casa. Esteban se preguntó donde viviría su padrino: en un barco, en un piso o en un chalet porque de rico no tenía nada, (como para comprar una mansión).

Llegaron hasta una bahía, su padrino se había traído su farol, y él le dijo que ya estaban, al no ver ninguna casa ni un barco ni nada que pareciera a una vivienda su padrino dio tres sacudidas a su farol y de la nada fue poco a poco apareciendo un barco y un bote en la bahía. Montaron en el bote y fueron hasta el barco donde al menos había 12 marineros más. A llegar a bordo el marinero más joven se llevó a Esteban hasta una alcoba grande con literas, el marinero le dio ropa de marinero y le dijo que el capitán quería verle. Cuando se hubo puesto su ropa de marinero fue guiado hasta el final del barco donde en una silla estaba sentado su padrino con un cañón, le hizo gestos para que se sentara y se sentó, su padrino se presentó como el capitán Tory y le dijo que él sería otro marinero que viajaría a bordo de su barco llamado Calavera.

Pero más no pudo leer el desafortunado niño que leyó la mitad de este libro, porque cuando fue a coger su vaso de agua ahí estaba el capitán Tory con una espada y una pipa comunicándole que tenía el mismo destino que Esteban el marinero que ahora se hace llamar el capitán Tory

BLANCANIEVES.

*Por Jesús Manquillo*

Me acabo de casar. Todo ha salido como tenía planeado desde hace un año cuando murió mi rival después de nacer Blancanieves. Ahora he ocupado su puesto como esposa del rey y me voy a encargar de su pequeña hija. Soy la mujer más bella del reino y a partir de hoy, además, la más poderosa. Tengo fama de orgullosa y soberbia según dicen mis confidentes. Por eso, nadie me cree. Sin embargo, toda mi vida he estado enamorada del rey. Nos conocemos desde niños y siempre tuve la ilusión de casarme con él. Nunca entendí que escogiera a esa extranjera como esposa.

Blancanieves es un encanto. Me gusta ver como empieza a dar sus primeros pasos y a decir sus primeras palabras. Me hace mucha ilusión encargarme de su educación. Como no puedo tener un hijo, ella será para mí la niña que siempre había deseado.

Qué día más difícil para el rey y para mí. Desde que Blancanieves descubrió que yo no era su verdadera madre no ha dejado de demostrar su odio hacia nosotros. Durante toda su infancia y adolescencia hemos sido inseparables. Ha crecido feliz, su belleza es deslumbrante y admira a todos con su inteligencia y simpatía. En estas últimas semanas, sin embargo, ha cambiado totalmente su carácter. Se ha vuelto soberbia y envidiosa. Tengo miedo por lo que nos puede deparar el futuro. En estos días no he conseguido descansar a gusto viendo como trata a todo el mundo y especialmente a su padre. Hoy han descubierto que estaba preparando un complot para asesinarlos y convertirse en reina. Hemos ordenado su arresto pero un hombre de mi confianza me ha traicionado y la ha ayudado a huir a algún país extranjero. Estoy muy asustada. Aunque ella no me quiera, yo me considero su madre.

Acabo de volver de una gira por varios países. No me apetecía nada realizar este viaje pero nuestras relaciones internacionales se estaban deteriorando y tenía que hacer este esfuerzo. Desde que Blancanieves huyó no ha dejado de influir en todos los reyes amigos para que rompieran sus relaciones con nosotros. En este viaje he pasado mucho miedo. En ningún momento he podido encontrar suficiente tranquilidad. No he sentido el afecto y la cordialidad de otras ocasiones. He notado reacciones frías en personas que siempre nos han demostrado mucho cariño. He sospechado de todo aquel que se me acercaba.

Hace dos días estuve a punto de ser secuestrada cuando dormía en la embajada. Afortunadamente, nuestro servicio de seguridad lo evitó antes de que yo me pudiera despertar y ser consciente de lo que estaba pasando.



Torso. Zapater.

Después del atentado que sufrimos hace un mes mi marido y yo, tomamos la decisión de asesinar a Blancanieves. Ha sido muy doloroso, especialmente para el rey, pero vimos que era la mejor solución para terminar con esta situación. Hemos intentado acercarnos a ella por todos los medios pero nunca ha querido saber nada de nosotros. Nuestro corazón no puede encontrar la calma. Nadie imagina lo duro que es para unos padres comprobar que la única forma de dar estabilidad al reino y conservar la vida es haciendo desaparecer a su única hija. En muy pocos días, nuestro servicio secreto ha conseguido envenenar su comida. Se ha utilizado un producto que en unas horas te adormece y provoca una muerte sin dolor ni sufrimiento. Quizás la dosis no ha sido lo suficientemente fuerte. La malvada no ha muerto. Está en coma. Irreversible.

Estoy prisionera en un castillo de nuestro país vecino. Recibimos una invitación para la boda del príncipe. Nuestra relación con él siempre ha sido magnífica y no dudamos en asistir a las celebraciones. Cual no sería nuestra sorpresa al comprobar que la novia era la mismísima Blancanieves. El príncipe murió en la noche de bodas de un infarto, según la versión oficial. Ella me ha contado la verdad. Le suministró un gas cuando dormía. Ahora es la soberana de este país. A su padre y a mí nos va a matar. Y tendrá las dos coronas en su cabeza.

## PAVOS DE NAVIDAD

*Por Ana Higuera.*

Ahora sí conoces el significado de las palabras herejía, profanación, sacrilegio...; ahora sabes que una herejía es perder la inocencia antes de tiempo; ahora entiendes que profanar es robar a la infancia los momentos más felices; ahora no te cabe duda de que un sacrilegio es hacer que un niño trabaje con la excusa de la culpa.

Recuerdas las Navidades de tu infancia y de tu adolescencia trabajando. Todas menos una. Debías de tener 5 ó 6 años; un recuerdo muy vago: tu madre mucho más joven, casi una niña, junto a la chimenea, abriendo una gran caja.

- ¿Qué llevas ahí mamá?- Preguntaste.

- Las figuritas del Belén. ¿Me ayudas a hacerlo?

Se te iluminó la cara y empezaste a remover los envoltorios de periódico que protegían cada figura. Mientras los deshacías, mamá te dijo:

- El personaje más importante del Belén es el Niño Jesús. Quien lo encuentre recibirá el mejor regalo de los Reyes.

Comenzaste a buscar entre los paquetes: los camellos, la lavandera, las ovejas, un pino, San José, unos pastores, dos patos y, por fin, ¡el Niño! Era tan pequeño como una judía y estaba allí, en tu mano, con sus rizos dorados y sus brazos y piernas hacia arriba, como queriendo jugar, ajeno a lo que había de suceder alrededor. Querías colocarlo en su sitio inmediatamente, pero mamá te explicó que el personaje protagonista jamás sale a escena el primero, sino que, para causar más expectación, debe aparecer cuando todos los actores están bien dispuestos y colocados en sus lugares. Además, añadió:

- Uno puede morir solo, pero nunca nadie nace solo.

Estuvisteis construyendo el Belén la tarde entera, mientras asabais castañas y cantabais villancicos. A última hora, no le faltaba un detalle. Buscasteis musgo, "peluditos"- decías tú- piedras para el río, arena para el camino, y habíais ido al corral de los pavos a por paja para el portal.

- ¿Has visto que gordos están ya? -te había dicho mamá-.

Asentiste mientras pasabas la mano por sus suaves plumas. Los habías criado desde pequeños; cada tarde ibas con el abuelo a echarles granos. Cuando eran muy pequeños y te cabían en el puñadito de tus manos, te dejaban llevarlos a casa y te reías mucho cuando te seguían por el pasillo, por las habitaciones, allá donde fueras; a veces te hacían incluso tropezar. Pocos días después, no los viste en el corral. Preguntaste al abuelo y acariciándole la cabeza te dijo que pronto traerían nuevos pollitos.

Por la noche, con las luces del Belén iluminando el nacimiento, mamá te indicó que ya podías colocar al

Niño. Te gustó tanto que cuando todos estaban durmiendo te levantaste de puntillas y cogiste al Jesucito para llevarlo contigo a la cama. Así lo hiciste cada noche hasta que el primer día de colegio, al regresar a casa, habían recogido el nacimiento.

Y ahora la angustia... Y ahora el trabajo:

Tu abuelo regenta el matadero municipal; tu padre trabaja con él. Habitualmente no pisas por allí nada más que algún sábado a pedirle la paga al abuelo o a llevarle el almuerzo a tu padre. Pero cuando llega diciembre, comienzan los preparativos. Pronto estarán aquí los camiones llenos de animales, entonces toda la familia deberá arrimar el hombro. Esos primeros días sales del colegio ya atardecido, pero todavía te da tiempo a desplumar tres o cuatro perdices. El día 22 de diciembre, cuando empiezan las vacaciones, te levantan antes incluso del soniquete de los niños de San Ildefonso, y bajas la calle tiritando con las ropas más raídas y antiguas que tu madre encontró en el arcón de la cámara. Hueles a naftalina y humedad. Cabizbajo y encogido entras en el matadero como si fuera a ti a quien esperara el triste final. Y cuando vuelves a casa a comer y ves en el telediario a los niños de la lotería (pantaloncitos cortos, calcetines bien subidos, corbata y sonrisa y una bola llena de ceros entre los dedos), mientras a su alrededor todo el mundo ríe, brinda y tira confeti, se instala en tu cabeza la idea de que en Navidad hay dos mundos cruelmente opuestos. Desde este momento sólo puedes ver las fiestas nada más que desde el otro lado. Del lado del trabajo hasta el anochecer. Del lado del frío de tus manos cuando las enjuagas en el cubo con el agua casi congelada, y el del picor de los sabañones en la cama. Del lado del rojo, no de los espumillones, sino de la sangre caliente que gotea de las aves colgadas en los ganchos. El abuelo dice que tienen que desangrarse bien, porque la sangre solidificada es lo más apreciado en el mercado, para hacer una buena sopa de menudillos en Nochebuena.

Al otro lado, se oyen las panderetas y zambombas, los aguinaldos, las luces de colores que a veces se cuelan entre los cuarterones de las portadas, los regalos que tú también tienes. El día de Reyes abres los paquetes con ilusión, aunque te parecen un bajo precio para tanto sacrificio. La realidad es que esperas ansiosamente ese día, porque no vas al matadero y al día siguiente empieza por fin el colegio.

Aquellas Navidades de tus trece años, a los del otro lado se les presentaban diferentes. Había llegado un nuevo sacerdote al pueblo y con él nuevas ideas. Organizó un concurso de Belenes; en cada barrio se construiría uno en su rincón más emblemático.

- Con esto -dijo el cura en Misa- conseguiremos dos cosas: embellecer nuestro pueblo y la confraternización entre los vecinos.

Aquello causó una actividad frenética en el pueblo. Cuando bajas a ayudar al abuelo por la mañana

temprano ya había grupos de chicos y chicas que iban al campo con carretillas en busca de trozos de naturaleza con que engalanar el Nacimiento. Algunos hombres llevaban tablones para construir el portal; las mujeres retocaban las figuras y preparaban las telas. Tú, ajeno a la confraternización, continuabas silencioso el camino hacia el matadero.

Por la noche, de regreso a casa, los barrios disfrazados lucían con nuevos detalles, y se formaban grupos de vecinos alrededor de las hogueras en las que al medio día se habían hecho las puches o asado chuletas de oveja.



La tarde de Nochebuena, los de tu lado os afanabais por terminar las últimas piezas para llegar a tiempo a la cena. Escuchabais a los del otro lado más bulliciosos que nunca. Aquel "Ande, ande, ande" parecía oírse cada vez más cerca; hasta que cesó. Al pronto, sonó la aldaba: tu padre hizo un gesto para que fueras a ver quién era, y sin dejar lo que estabas haciendo corriste a abrir. El grupo de chicos, al oír que la cancela se movía, explotó en un nuevo "Ande, ande..." de panderetas y zambombas que no tardó en ahogarse en un completo silencio cuando la puerta se abrió y te vieron bajo el umbral con el mandil lleno de plumas, las manos ensangrentadas y un cochinillo rosita que sujetabas de las patas traseras. Bajo sus gorros, los ojos de tus amigos no sabían qué detalle de tu grotesco aspecto les desconcertaba más. Y cuando aquella chica con el gesto desencajado de asco se llevaba su mano a la boca, cerraste el portón de una patada. Los ojos se te inundaron de lágrimas.

¡Qué sabrían ellos de la Navidad! Sólo sabían de tres semanas sin colegio, de levantarse a la hora que quisieran, de leer tebeos junto a la estufa, de jugar en la calle con los amigos, de tontear con las chicas en la parroquia, de cabalgatas, de regalos, villancicos, concursos de belenes... Para ellos la Navidad era un nacimiento; para ti, un matadero.

Apenas cenaste, a pesar de que tu madre te escogía las mejores tajadas y te ofrecía todo tipo de dulces que en otro momento habrías devorado. Porque eso sí, trabajar daba mucha hambre.

A las once y media empezaron a sonar las campanadas de la Misa del Gallo; esa noche todo el pueblo estaría allí; después de la celebración la multitud visitaría los belenes, y al ritmo de la rondalla de la iglesia, los jurados iban a depositar sus votos en las urnas. Si alguna Misa del Gallo despertaba expectación era está.

Subiste con tu familia a la iglesia; cabizbajo, obligado. Aquel día, hasta tu padre se había animado a ir. Cuando llegasteis, subiste al coro. Te gustaba ver aquel grupo de chicas tocando sus guitarras y laúdes. Al llegar a arriba, sentiste de nuevo los ojos fijos de aquella chica, llenos de repugnancia, clavados en tus manos, y saliste corriendo escaleras abajo, calle abajo hasta la corraliza del abuelo. Pasaste por delante de algunos belenes que ya estaban a punto. Sólo faltaba la iluminación que se accionaría a la llegada de los jurados. Cogiste la llave de la corraliza que escondías en el hueco que junto a la puerta dejaba la pared desconchada. Descolgaste la carretilla y unos sacos que colgaban junto al tractor y te dirigiste al corral de los pavos; ya no estaban todos. A esta hora, más de la mitad serían sobras de la cena en cazuelas sin freagar. Tu madre los regalaba vivos para Nochebuena al maestro, al cura, al alcalde, al farmacéutico, a algunos familiares de Madrid, a quienes junto con unos melones de cuelga se los mandaba en el coche de línea. Los que quedaban allí eran para la siguiente fiesta; todavía faltaba Fin de año, Reyes y unos cuantos compromisos.

Metiste uno a uno los pavos en los sacos y los colocaste sobre las carretillas.

Cuando terminó la Misa del Gallo, ya estaba todo preparado. Se comenzó por el barrio más céntrico, el de la plaza. Los vecinos habían construido el Belén más grande encima de la fuente.

Cuando se encendieron las luces -todas a la vez- el pueblo estalló en una aclamación y después, en un grito de espanto. El ángel que colgaba presidiendo el nacimiento era un gran pavo abierto en canal con el cuerpo desplumado y las alas extendidas. Sobre el niño Jesús goteaba la sangre y se deslizaba desde el rostro hasta los piececitos de porcelana, acabando en un charco a los pies de la Virgen María.

No fue el único Nacimiento que redecoraste; todos llevaban tu marca. En unos, en vez de ovejas había pavos degollados; en otros, en vez del recién nacido, yacía un pavo a medio desplumar.

Aquella noche dormiste placidamente con el Niño entre tus brazos y al día siguiente, en la misa de Navidad, escuchaste palabras que no entendiste: herejía, profanación, sacrilegio...

INOPORTUNA.

*Por María del Carmen López Jaraba*



La habitación de unos 8 metros cuadrados, sostenía sobre sus paredes varios paneles en los que destornilladores, llaves inglesas, alicates, martillos e infinidad de herramientas pendían a la espera de ser utilizados; al fondo estaba, bajo la ventana enrejada de cristales sucios, de la que colgaba una cortina en tres anillas oxidadas, un banco de madera pintado de un color que en tiempos debía ser algo parecido al azul eléctrico, sobre él, una caja grisácea de metal, abierta, sus dos tapas estaban ya dobladas de tanto uso, en los departamentitos de ambas partes superiores se hallaba todo tipo de clavos, tornillos, tuercas...

Horacio mantenía los ojos cerrados detrás de aquél vendaje amarillento, sus pasos eran lentos, inseguros, sus manos andaban por delante de él intentando despejar el camino, cuando de pronto se posaron sobre la pared y tanteando llegaron hasta la puerta. El tacto frío del pomo le hizo estremecerse, lo giró hasta que sonó el clic característico que le decía que ya podía tirar de la puerta para abrirla, instintivamente llevó la mano hasta el interruptor y lo pulsó, ¡¡¡mierda!!! Se dijo a sí mismo. En su mente comenzó a proyectar las características del cuarto, al fondo la ventana, sentía como le llegaba el aire frío, -está abierta, olvidé cerrarla- luego su mente fue hacia la derecha, visionando el panel de las llaves- fijas, inglesas, hallen... sabía que la tercera de las fijas estaba sobre la mesa de trabajo, justo se quedó ahí, al lado de la mordaza. Luego giró la cabeza hacia la izquierda, se encogió de hombros y caminó. Sabía que llegaba por la tercera baldosa, justo la siguiente estaba partida y su costumbre de andar con los pies pegados al suelo le habían jugado varias malas pasadas, o mejor dicho, malas pisadas. Cuando pisó la quinta baldosa se agachó y casi a gatas sus manos le llevaron hasta el banco de madera antaño azul. Se arrodilló y sus dedos comenzaron a recorrerlo torpemente, como si no esperara el contacto, se sorprendió al sentir el frío metal de la caja de herramientas. Deslizó los dedos por sus tapas, se hallaba abierta, como esperándole. De pronto sintió una humedad pringosa y frunció el ceño, el olor a grasa no le había gustado nunca; tanteó alrededor hasta encontrar un trapo y se limpió los dedos con fuerza. Luego se los llevó hasta la nariz descubriendo que ahora era aún peor, el olor



a grasa y disolvente se habían mezclado y casi le mareaba. Se levantó y arrastrando los pies, más que arrastrándolos, pegándolos al suelo se dirigió hacia la ventana, tocó la cortina amarillenta, se escupió en la mano y frotó con ella. Después volvió a llevarse la mano a la nariz y... pensó -bueno, ya no huele tanto-. Volvió sobre sus pasos hasta el banco donde la caja de herramientas parecía estar esperándole con las tapas abiertas como si fueran los brazos a punto de cerrarse sobre su pecho, ahora ya no metería los dedos en el bote de grasa, lo sacó y lo puso debajo del banco. Se pasó el dorso de la mano por los labios y se los mojó con la lengua, se le estaban quedando resecos, la falta de humedad en el cuarto se notaba ahora más, el sabor salado de su piel le trajo a la mente sus baños en la playa cercana, como Alicia le hundía la cabeza bajo las olas sin darle tiempo a cerrar la boca, y como él se levantaba gritándola mientras ella corría riendo hacia su padre. Recordaba al padre de Alicia, siempre le tuvo un miedo inexplicable, a pesar de que nunca le había dirigido ni un mínimo regaño. Le había visto siempre serio, nunca le vio abrazar a Alicia, ni aún menos, de darle un beso; no era como su padre, que siempre que llegaba de trabajar lo abrazaba y lo levantaba hasta su cara para darle un beso, ¡¡¡cómo echaba de menos a su padre!!! casi tanto como a su madre; ella... ella siempre había sido su apoyo, -si estuviera aquí ahora...-deseó sabiendo que ya no podría ser. Mientras, sus manos seguían indagando dentro de la vieja caja, una tuerca grande parecía querer instalarse en su dedo meñique como si se tratara de un anillo de compromiso, ¿QUIERES A MARTA POR ESPOSA? La voz de don Ángel, el cura del pueblo, le resonó en la cabeza, ya casi lo había olvidado.

Continuaba sacando tuercas, tornillos y clemas de aquella caja que parecía contener una infinidad de material. Colocó dos tornillos, según su contacto, largos y con boca de estrella, sobre el banco y luego el destornillador; sus dedos acariciaban cada pieza hasta reconocerla en su justa medida y forma. Abrió la parte de debajo de la caja y su mano se adentró en el fondo, la retiró como mordido por una serpiente, ¡¡¡COÑO!!! Se cogió la mano y se apretó contra el pecho, -la sierra, ¿Quién puso aquí la sierra?- la sacó con cuidado para no volver a rasgarse la piel con alguno de sus dientes y se sentó en el suelo, la colocó sobre sus piernas y la acarició lentamente, sintiendo cada uno de sus cambios de forma, le resultaba tan suave, ahora, no como aquel día en que... sacudió la cabeza intentando atraer todo el sentido que aquella sierra había tenido en su situación actual. Se llevó la mano al vendaje y lo acarició, sus ojos se hallaban cerrados detrás de aquel apósito aséptico, cerrados, cerrados por culpa de aquella maldita sierra que siempre estaba colocada en el sitio inapropiado, ¿Quién la colocó sobre el armario del baño? Y ahora... ¿Quién la había colocado en la caja de la herramienta? Su mano sangraba y... la sierra se escurrió de sus piernas cayendo al suelo y provocando un sonido que se le antojó como una risa maliciosa...

## AL TELEFONO.

*Por Carola Labourdette.*



-¿Jessica?, Sí soy yo, creí que no me ibas a coger el teléfono pero he insistido porque sé que tú valoras la amistad y estar en casa y no coger el teléfono es muy feo, vamos, que eso no se le hace a una amiga; así que me he dicho "estará en la ducha" "le daré a rellamada" porque si ve mi número un sábado a las 08.00h de la mañana, después de la cena de empresa no me puede dejar colgada, sabe que la necesito, tengo que contarte lo que pasó anoche, bueno todavía no ha terminado, ¿no sabes que fuerte!...

-Si, claro que ayer estaba agitada no te pude contar, pero lo más gordo ocurrió cuando ya te habías ido a casa.

-Si, aun estoy nerviosa, más atacada que antes, es que no he podido dormir y he pensado que me echas una mano y me dejes el ordenador para escribirlo para el libro, ya sabes, las notas autobiográficas que tomo de la vida real para cuando escriba un libro. Mira, voy al quiosco, compro unos churros para desayunar en tu casa y te cuento ¿vale? Estoy allí en 15 minutos. Chao un beso.

-Vaya ahora empieza a nevar, bueno me pongo la ropa encima del pijama y listo, así voy más calentita y cuando llegue me puedo acostar con Jessica y contarle, es más íntimo, más de colegas. Pobrecita ¡Qué nombre! Es tan rimbombante, tan cursi... los padres deberían pasar una prueba de nombres cuando tienen hijos, no se dan cuenta que los pueden marcar para siempre.

-¿Pido churros o porras? Los churros llevan patata y son más pesados pero las porras absorben más grasa y son más grandes. Una ración de cada gracias. ¡Qué suerte que vivamos tan cerca! podríamos poner una tirolina de mi casa a la suya...pero claro, no podría comprar en el quiosco y ella no podría subir, bueno es mejor así y hago ejercicio.

-¡Jessica! Soy yo Virtudes, abre, corre que nos enfriamos.

-Hola cariño, vaya pijama calentito que llevas ¿no habrás preparado chocolate? Es puro veneno por la mañana, yo me conformo con un té con limón pero de

microondas eh, no te molestes más, te espero en la cama con los churros.

Por cierto guapa, ayer llevabas un vestido precioso pero ibas muy sencilla, debías haberme pedido algún collar o pañuelo para alegrarlo, ya sabes que tengo todo tipo de abalorios y un toquecito lo cambia todo. Ah ya vienes, mira voy al grano mientras comemos porque estoy un poco agitada y no hay tiempo que perder.



Lectura.. Zapater.

-Anoche iba a la cena, ya sabes que no me gusta así que me pasé toda la tarde probándome ropa y cosas, lo de la gomina con brillos se me ocurrió en el último momento, fue un toque genial, ¿verdad? Bueno pues ya arreglada me metí en el metro, línea 10 de Príncipe Pío a Tribunal y en Plaza de España me levanté para ponerme en la puerta y estar preparada, verme reflejada en el cristal dentro del túnel y asegurarme de que estaba espléndida pero tropecé. Menos mal que nunca llevo tacones porque se me metió el pie entre el coche y el andén, ya sabes lo que siempre te advierten, y lo pude sacar con zapato y todo y ahí estaba EL. Era un moro guapo, guapo, impresionante, con unos músculos que me sujetaron y una mirada que me traspasó. Sólo pude decir gracias y dar un paso atrás para volver al vagón y que él entrara, pero no entró; nos quedamos mirándonos casi sin respirar, se cerraron las puertas y yo me fui. Mi cuerpo me decía que cogiera el metro contrario para encontrarlo pero como ya llegaba tarde a la cena y si me estaba esperando nos íbamos a enrollar, pues seguí para no quedar mal con la empresa; por eso llegue acalorada y un poco embobada. Como tú no me habías guardado el sitio me senté en la otra mesa y no te lo pude contar, lo único bueno es que los jefes ya habían soltado sus discursitos. Comí lo justo para no reventar el modelito y bebí un poco de vino y como soy abstemia y sólo bebo productos de la tierra en ocasiones especiales me supo riquísimo. Al llegar los postres me fui con el chico de los recados fuera para no tomar postre, ¡oye no veas qué tío tan majo!; le dimos unas caladas a un peta, pero como yo no fumo desde hace un año pues se me fue la olla, no me di cuenta de la hora y al volver de bailar tú ya te habías ido, supuse que sola porque Tomás estaba bebiendo un cubata en la barra con mala cara, así que pensé volver a casa, llamarte y que

me contaras qué tal con él. Mira yo creo que le gustas pero no se decide porque te ve distante y cortada, deberías actuar con más normalidad, hacer lo que piensas en el momento que se te ocurre y no medir tanto las consecuencias, ¡mírame a mí! Sé más natural, sin alisarte el pelo, teñirte y maquillarte tanto, yo dejo respirar mi piel y no intento domar mi pelo y eso se refleja en mi carácter, no me va tan mal ¿no? Esto lo aprendí cuando hacía yoga, lo de la respiración y lo natural aunque luego se cuelgan mucho con la meditación y están un poco iluminados pero algunos consejos son buenos, en fin, yo lo dejé y desde que hago taichí estoy mucho más en equilibrio. Bueno pues me fui a casa y cuando pasaba por Plaza de España vi al moro reflejado en el cristal, sentí un fuerte impulso y me bajé, a veces hay que dejarse llevar; la verdad es que me lo imaginé y pensé que era un poco tonta ¿cómo iba a estar esperándome desde hacía 4 horas? Tu sabes que yo conozco bien esa cultura, llevo ya cinco años en clases de danza del vientre y eso te da muchas pistas de cómo son, estoy acostumbrada a oír su música y leo todo lo que publica Amin Maalouf; además me se de memoria El poeta el loco de Jail Gibran . Bueno pues me pongo a esperar el metro y veo en el interfono de la estación un post-it con un número de móvil ¿Lo ves? ¡Es el destino! Algo me llevó a bajar en esa estación, era un mensaje para mí así que lo llamé y estaba fuera de cobertura, bueno, yo estaba en el metro, ya sabes cómo me ataco de rápido, respiré hondo y me fui a casa pitando a sentarme en mi salón Feng-shui y llamarlo más tranquila. Saltó unas cuantas veces el buzón de voz y por eso no he podido dormir. He esperado a una hora decente y te he llamado para que me ayudes.

-Mira, me he traído el móvil para llamarle contigo, creo que es mejor que le llames tú porque si reconoce mi voz... recuerda que le dije gracias, tú sabrás qué decirle, supongo que estará esperando mi llamada y como además tengo altavoz, puedo oír lo que dice y te dirijo para responderle. Toma, ya está marcado, sujeta tú.

...este es el buzón de voz del número...

Bueno cuelga, voy a hacer un pis dormimos un poco, y probamos otra vez.

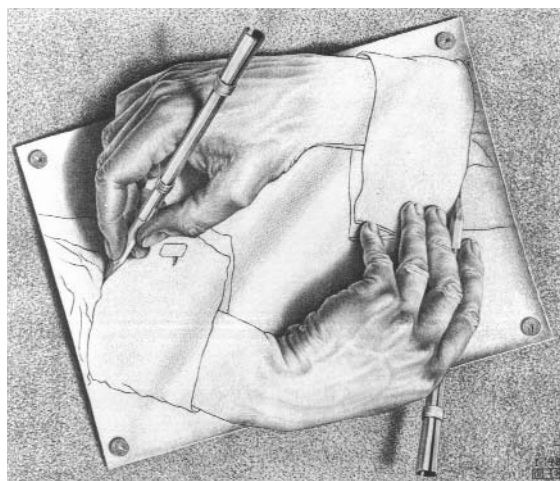
¡¡VIRTUDES!!

Si Jessica, me estoy pegando una ducha que huelo a tigre y así me despejo.

Ha llamado un señor que dice que su esposa se puso anoche de parto, él se fue al hospital sin dar parte a la empresa porque es contratado temporal del metro y le dejó el teléfono a un compañero en el interfono por si había problemas pero como ha estado toda la noche en la sala de dilatación tenía el móvil apagado. Supone que no ha pasado nada porque no ha recibido mensajes escritos como acordasteis y llama para darte las gracias por tu interés, por tus 35 llamadas y para decirte que es una niña, pesa 2800g y todo ha ido lento pero bien. Está noche irá al trabajo y te manda una foto.

-Virtudes, me parece que cree que eres su compañero.





TALLER LITERARIO  
BIBLIOTECA MUNICIPAL  
“PETRA RAMIREZ”  
DE CHINCHON

**DIRECTORA DEL TALLER:**  
MILAGROS GARCÍA

**ESCRIBEN:**

FERNANDO BENITO  
MANUEL CARRASCO  
MARÍA JESÚS FRUTOS  
SILVIA GAITÁN

ERNESTO GONZÁLEZ  
ANA HIGUERAS

STELLA KORSTAÑJE

CAROLA LABOURDETTE

MARI SOL LÓPEZ

MARÍA DEL CARMEN LÓPEZ-JARABA

JESÚS MANQUILLO

VICTOR MANQUILLO

CONCHI OLIVAR

FERMÍN PEÑAS

GRACIELA RIVAS DE LA VARA

CRISTINA ROMERO

MARTA ROMERO

SARA RUIZ PARIS

JOSÉ ZUMEL

**COORDINACIÓN:**

JOSÉ ZUMEL

**DISEÑO:**

MANOLO CARRASCO